azulejos

María Laura Dedé

Siete muertes

Ilustraciones de
Fernando Falcone

Siete muertes

María Laura Dedé

estrada
Seguimos haciendo historia

azulejos

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Edición: Pilar Muñoz Lascano
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Dominguez
Ilustración de tapa: Fernando Falcone
Gerente de Preprensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Dedé, Maria Laura
Siete muertes / Maria Laura Dedé ; ilustrado por Fernando Falcone. - 1a ed . - Boulogne : Estrada, 2016.
160 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Roja ; 66)

ISBN 978-950-01-1857-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Falcone, Fernando, ilus. II. Título.
CDD A863

Colección Azulejos - Serie Roja 66

© Editorial Estrada S. A., 2016
Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.
Internet: www.editorialestrada.com.ar
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.
ISBN 978-950-01-1857-6

LA AUTORA Y LA OBRA

María Laura nació en 1970 en Buenos Aires, ciudad en la que hoy vive. En ese momento sus padres la llamaron María Laura Díaz Domínguez pero muchos años después, ya adulta, convirtió Díaz Domínguez en "Dedé".

Estudió Diseño Gráfico y trabajó exclusivamente como diseñadora en diversos estudios y agencias de la Argentina por muchos años. Hasta que en el año 2003 decidió seguir su pasión y comenzó a dedicarle la mayor parte del tiempo a los libros para niños. Y desde entonces es, además de diseñadora gráfica, ilustradora y escritora.

Obtuvo, entre otras distinciones, el Primer Premio de Poesía y Cuento Jitanjáfora 2007; *El capitán Smack* fue finalista en el Concurso Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2009; y su novela *Magia de Al-Muhadá* recibió una Mención de Honor en el Concurso Internacional "Los niños del Mercosur", Comunicarte, 2011. También recibió una Mención especial en el II Certamen Internacional de Videopoemas "Aguas de Alcázar", España, 2012.

Algunos de sus libros son: *Tres peces verdes, Una voz en la casa prohibida, Nubifuz, ¿Rey?, La casa perfecta y Cabeza de monstruo.* En la colección Azulejos publicó *El comedor de las tinieblas*, la primera parte de esta novela.

Su web es www.marialauradede.com.ar

La obra

La novela

La novela es una narración de hechos ficticios, es decir, imaginarios. Al igual que el cuento, pertenece al género literario narrativo, pero se diferencia por tener una mayor extensión. Es el más tardío de los géneros literarios. Si bien en la Edad Antigua existían los relatos narrativos en verso como la *Ilíada* y la *Odisea*, los primeros exponentes de novela pertenecen a la Edad Media. La novela, tal como la entendemos hoy, surge en el siglo XVII con *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes.

La novela, así como el cuento, presenta un argumento construido con núcleos narrativos, que son los acontecimientos del relato. Además, la novela, como el cuento, presenta una trama, que es la dinámica interna del relato, es el modo en que los hechos son narrados. Y esto involucra un tipo de narrador, una perspectiva, un tiempo y un ritmo para el relato.

Cuando hablamos del tiempo deben diferenciarse dos cuestiones. Por un lado está el tiempo del relato, es el tiempo en el que transcurre la historia y depende del lapso transcurrido entre la acción que se propone contar el narrador y el acto de ponerse a narrarla. Es posible narrar desde tres lugares temporales:

- El tiempo del narrador y el tiempo de lo narrado coinciden, por lo que el narrador narra en el presente gramatical.
- El narrador se sitúa en el presente para narrar hechos que han ocurrido en el pasado, y emplea los tiempos pasados para contar.
- El narrador narra, desde un pasado, hechos que ocurren en el presente o en el futuro. Es la opción menos frecuente y la más compleja. Sobre ella dice Mario Vargas Llosa: "El narrador narra hechos que no han ocurrido todavía, ocurrirán cuando él haya terminado de narrarlos y sobre los cuales, por lo tanto, gravita una indeterminación esencial: no hay la misma certeza de que ocurran como cuando el narrador se coloca en un presente o un futuro para narrar hechos ya ocurridos o que van ocurriendo mientras los narra". En este caso el narrador utiliza tiempos verbales futuros.

Por otra parte, el relato es contado a determinado ritmo. El narrador puede acelerar o ralentizar el ritmo del relato a través de cuatro movimientos narrativos:

- La pausa, a través de la descripción o una digresión reflexiva, desacelera el ritmo del relato ya que la narración de los hechos se interrumpe.
- La escena crea una sensación de igualdad entre los hechos que se narran y la manera de narrarlos, y la forma más habitual es el diálogo.
- El sumario, a través de la síntesis o la concentración de los hechos, permite que la historia avance en pocas líneas y por lo tanto el ritmo se acelera.
- La elipsis es la que permite que el ritmo progrese silenciando un período de tiempo que se sobreentiende.

La novela de suspense o suspenso

En inglés se usa la palabra *thriller*, en español es más frecuente suspense o suspenso, un término procedente de la palabra latina que significa "colgar". Para algunos se trata de un género o subgénero, para otros es un recurso literario. David Lodge señala que el suspense es "un efecto asociado especialmente a la novela de aventuras y al híbrido de novela de detective y novela de aventuras que conocemos como thriller. Los relatos de esa clase se basan en colocar al héroe repetidamente en situaciones de extremo peligro, suscitando de ese modo en el lector emociones solidarias de miedo y ansiedad en lo que respecta al desenlace".

El principal objetivo en este tipo de novelas es mantener al lector a la expectativa, en estado de tensión y atento a lo que pueda ocurrirles a los personajes, o sea, atento al desarrollo del conflicto y el desenlace de la narración. Se caracterizan además por tener un ritmo rápido, acción frecuente o constante, y héroes ingeniosos que deben enfrentar y frustrar los planes de los antagonistas, quienes por lo general son más poderosos o están en una mejor posición.

En la mayoría de los casos, el narrador está en tercera persona gramatical, ya que suele tratarse de un narrador que aporta información al mismo tiempo al protagonista y al lector. De este modo el lector compite con el protagonista por llegar a la meta antes que él, por descubrir los hilos ocultos de la trama

antes de que le sean revelados. Sin embargo, en *Siete muertes* no sucede esto, ya que el narrador está en primera persona protagonista, de modo que el narrador sabe en el momento de la narración cómo terminaron los hechos. Pero esto también vuelve interesante la trama puesto que los lectores pueden identificarse con el protagonista con mayor facilidad.

En las novelas de suspenso, la intriga puede ser de distinto tipo, y es por eso que pueden aparecer características de otros tipos de novelas, u otros tipos de novelas pueden tener suspenso. Resulta así que si el misterio es descubrir al culpable de un crimen, se tratará de un relato policial. Y si los hechos transcurren en un espacio semejante al de la vida cotidiana, pero acontecen sucesos extraños que irrumpen y producen miedo, se tratará de un relato de terror.

Las novelas de finales del siglo XX y del siglo XXI no suelen responder a géneros puros, sino que se trata de relatos experimentales en los que el lector coopera textualmente para desentramar los hechos.

Siete muertes

María Laura Dedé

A Wash, Vannia, y a Pedro y los demás,
porque sin ellos nada de esto hubiera sido posible.
A Lupe, que le encanta que la nombren.

A la vida y la muerte, que son una.

Introducción

No sé si te lo dije antes: soy Washington Patch. Si te olvidás no pasa nada ¿eh?, es que el nombre parece inglés. A veces hasta yo dudo, porque los únicos que me llaman así son mis profesores al pasar lista, mis padres si se enojan y mis hermanos cuando me quieren cargar. Si no, soy siempre "Wash". Incluso yo mismo me llamo "Wash" cuando me pienso. O cuando pienso que tengo que pensar, entonces me digo: "Pensá, Wash, pensá."

Y este verano, la verdad, aunque lo único que quería era no pensar, tuve que hacerlo bastante. Es que pasaron muchas cosas. Pasó lo que, para bien y para mal, hacía un año y medio estaba esperando y también temiendo que pasara. Pero no quiero adelantarme; mejor empiezo a contarte desde el principio.

Yo, hace dos veranos, cuando terminé el secundario, me fui de vacaciones solo a recorrer algunas ciudades de Europa. Estuvo bueno. ¿La última parada? Castelldefels, un pueblo cerca de Barcelona, donde iba a estar dos o tres días viviendo en la casa de Pedro, un amigo un poco más grande que yo, que tenía veinticuatro. Pero no me quedé dos o tres días, sino seis. Seis meses. Es que me enamoré... qué iba a hacer. La chica se llama Vannia, tiene ojos de mar y el pelo

largo y pelirrojo, tirando a rubio. (O rubio tirando a pelirrojo, qué sé yo).

En esos meses, en Castelldefels, Vannia y yo vivimos cosas muy fuertes. Trabajamos en su restaurante (porque ella tenía un restaurante; el papá, bah), paseamos, nos disfrazamos, bailamos, nos besamos y, ya que estábamos, con mis conocimientos de tragos la ayudé a zafar de ser una asesina en serie.

Después yo volví a Montevideo, mi ciudad, pero antes le prometí que viajaría a verla lo antes posible. Por eso durante todos los fines de semana del año y medio siguiente trabajé de barman en boliches, para ahorrar para el pasaje, mientras estudiaba Química en la Universidad.

Mis padres querían que yo siguiera Medicina, pero a mí nunca me gustó abrir cadáveres, y menos si tienen sangre... aunque después tuve que ver bastante. ¡Uy! Otra vez me adelanté.

1 | El principio

Todo empezó el primer viernes de enero, en Apocalipsis, "el boliche del verano", en Colonia del Sacramento.

Colonia del Sacramento es la ciudad más antigua de Uruguay, fundada en 1680. Lo sé porque lo leí en un museo. Tan linda es, que fue declarada "Patrimonio de la Humanidad" por la Unesco (lo leí en otro museo). Pero ese enero yo no había ido a Colonia porque era antigua o linda, sino porque en Colonia estaba Apocalipsis y además vivía mi tía Delia, así que ya tenía dónde dormir.

Es que justo después de rendir el último parcial, me pasaron el dato de que en Apocalipsis buscaban un barman de jueves a domingo. Era justo lo que yo necesitaba: el empujón final para poder ahorrar, comprar el pasaje a España y ver a Vannia; así que no lo dudé y tomé el primer micro que salía para Colonia.

Tenía que ver a Vannia cuanto antes. Hacía mucho que no recibía noticias de ella. Cero. Ella siempre me escribía, me llamaba o algo, pero desde que le pedí que no viera más a Pedro, su celular siempre estaba apagado o fuera del área de cobertura.

No se lo había pedido porque estuviera celoso, para nada. Pedro era mi amigo y además era normal que se vieran,

vivían en la misma ciudad y ninguno de los dos tenía familia: la de él vivía en Argentina y Lugh, el padrastro de Vannia, por fin estaba muerto y enterrado.

El problema eran los ojos. Los ojos de Pedro. Los ojos de gato. Es que aquella vez en el aeropuerto, cuando me iba, yo había visto en Pedro ojos de gato. Aún no sabía lo que esos ojos encerraban (si tenían gato encerrado, bah), pero sí que Vannia debía alejarse. Terminé de convencerme cuando ella me contó que Pedro, en la última visita a su restaurante, le había pedido leer el libro de Lugh.

¿Y qué tiene de malo leer un libro? Después de todo, siempre nos machacan con la lectura. Es que hay libros peligrosos, y este era de los peores. Era un libro... digamos... de hechicería. En sus páginas, año tras año, Lugh (que como te dije era el padrastro de Vannia, pero para ella era el papá) había ido plasmando allí sus descubrimientos. Primero transcribió las fórmulas de su propio padre (el abuelo de Vannia, quien a su vez las había copiado de algunos ritos africanos) y después escribió sus propios experimentos. ¿Experimentos para qué? Primero, para perfeccionar la técnica "zombi" (sí, convertir humanos en zombis, algo que dicen que hacían los africanos y lo practicaba el papá en el Congo Belga, para que los esclavos trabajaran más). Y después se la pasó estudiando para llegar a algo todavía más ambicioso, lo que Gilgamesh y los caballeros del Rey Arturo ya buscaban en el inicio de los tiempos: la inmortalidad. Y, aunque no me creas, combinando esos estudios con la

técnica zombi, llegó a algo parecido. Empezó a usar esas vidas robadas a los zombis para alargar la suya. La fórmula a la que había llegado servía para robar seis vidas (nada más) y así tener siete en total, con la propia. Siete vidas, como un gato, y se acabó. Así, después de décadas de prueba y error, Lugh aceptó que su vida sería larga, pero finita. No digo "finita" de angosta, sino de que tenía fin.

Muchos años más tarde elaboró su segunda obra maestra: una bebida que le pasaba a otra persona ese apremiante impulso de robar. Robar vidas, digo. Una especie de reencarnación de su poder.

Lugh quería reencarnar en Vannia, claro. Qué padre no quiere dejarle un legado a su hija. Mis viejos, por ejemplo, querían que yo fuera médico como ellos (creo que ya te lo dije). Pero ¿y nosotros qué?, ¿acaso no somos los únicos dueños de nuestra vida? Que nos hayan criado no les da derecho a decidir. Si los deseos coinciden, ¡felicidades! y si no, a otra cosa mariposa. Vannia lo entendió así y finalmente le dio un giro a la oscura historia que Lugh había urdido para ella: me encargó a mí que hiciera un trago de mentira —un placebo— para engañarlo, y que su vil poder no le fuera traspasado. Yo lo hice y funcionó. Vannia lo bebió, y Lugh y su poder cayeron muertos para siempre. Caput.

O eso pensaba.

2 | Acá empieza la historia en realidad

Como te decía, todo empezó un viernes a la noche, en Apocalipsis. Yo, de pie junto a la barra entre la picadora de hielo, los medidores y la cuchara, dejaba mecer mis ojos sobre las olas que hacía la masa humana al bailar. No miraba a nadie en especial, en realidad ni siquiera miraba. Miraba hacia adentro, más bien.

Mi estómago no estaba tenso ni tenía un nudo en la garganta, como otras veces. Como cuando pensaba demasiado, por ejemplo, y me daba sed. Como cuando pensaba que Vannia, separada de mí por toneladas de cloruro de sodio líquido (mar, bah), corría algún tipo de peligro. O como cuando me acordaba de Lupe, la chica que me volvía loco. Pero loco de loco en serio, no de que me gustara. Ella iba siempre a Apocalipsis, conocía a todos y todos la conocían. A su paso, el mar de gente se abría como si fuera Moisés. Antes yo era como ella, no te creas. También vivía de fiesta en fiesta y muchas veces era el centro de atención, pero desde que volví de España estaba más... no sé... ¿aburrido...? Más profundo, diría. Ahora me divierto de otra manera. Juego al ping-pong, miro películas de terror, leo historietas y practico *parkour*, que es correr por la calle saltando cualquier obstáculo que se presente.

Lupe, en cambio... qué sé yo. Vivía para su imagen. Sabía moverse, además. En todo sentido. En mi primera noche, ella se acercó a la barra y me pidió un trago difícil. Tuve que picar hielo, exprimir fruta, batir y cortar lima en rodajas; me llevó mucho tiempo. Creo que me lo pidió a propósito, porque mientras tanto ella me clavaba los ojos. Después se quedó a tomarlo ahí y empezó con las preguntas: que cómo me llamaba, de dónde era, qué música me gustaba y veinte preguntas más, a las que yo respondía medio parco, creo, porque desde que había conocido a Vannia, las demás salían perdiendo. El problema era que Lupe no había perdido nunca, no sabía lo que era un *no* y tampoco parecía dispuesta a aprender.

Ya desde esa noche empezó a llamarme "Doble-V", como la marca del whisky.

Yo cada tanto le tiraba un hueso, lo admito, y fue el error más gordo de los últimos veinte años de mi vida (o sea, de todos). Un hueso era un *ok*, una mirada, una sonrisa o lo que más disfrutaba mi ego: mostrarle trucos de barman. Para ese entonces sabía bastantes: apoyaba la botella en el dorso de mi mano, con un envión la hacía girar en el aire y después, con la misma mano la atajaba por el pico y servía. También sabía otros malabarismos, como servir cuatro *cocktails* diferentes con un solo movimiento y revolear el *mixer* por la espalda. Pero Lupe ya se había ido a Punta del Este con su familia, así que esa noche no le iba a mostrar nada. Esa noche estaba tranquilo.

Mientras le pasaba el repasador celeste a los vasos se me venían a la cabeza imágenes del Comedor de las Tinieblas, el restaurante de Vannia y de Lugh. La primera vez que entré y vi el mostrador con banquetas, la caja registradora antigua, los vasos, los llaveros-diablo, las hebillas-colmillo y el gato maldito ese. Gato negro, gato de bruja. Gato de brujo. Gato de Lugh. Traté de borrarlo de mi cabeza, porque si pensaba en él, iba a obsesionarme otra vez con los ojos de Pedro y con el peligro que —imaginaba— podría estar corriendo Vannia en este preciso momento, y yo tan lejos para cuidarla.

Hice fuerza para pensar protónicamente, que desde que empecé la facultad es mi manera de decir "en positivo". Me concentré en esos momentos que había compartido con Vannia en el Comedor. La primera vez que la había visto vestida de bruja, cuando había probado mi trago y había adivinado los ingredientes o me había dicho chistes al oído mientras actuábamos. Cuando habíamos ido a tomar el helado, ella con el gorro de lana y el pelo hecho un rodete, y cuando se lo había sacado y el pelo le chorreaba como llamarada. Me acordé que aquella noche en la playa yo le había llevado las zapatillas atadas por los cordones y después habíamos bailado y nos habíamos dado el beso más intenso de la historia.

La espera me agotó
no sé nada de vos,
dejaste tanto en mí.

En llamas me acosté
y en un lento degradé
supe que te perdí.

Muchas veces se me vienen a la cabeza canciones que tienen que ver con lo que me pasa en ese momento. Pero esta vez Cerati estaba equivocado: no la podía haber perdido. No la perdí, no la perdí. Muy pronto viajaría a España y me reiría de mí mismo por haber dudado. ¿Pero entonces por qué no respondía mis llamados? ¡Cómo se te extraña, Vannia!

—Hace diez minutos que estás repasando el mismo vaso.

Lucio tenía razón. Le di un último giro al repasador y lo alcé a la altura de mis ojos para contemplar la obra. Inmaculado, sí, el vidrio resplandecía y a través de él se veían perfectamente los ojos verdes de Vannia, que me miraban.

Basta, no podía estar tan demente. Pensar en ella era una cosa, ¡pero verla! Encima la vi al cubo (el vaso era facetado), y escuché su voz, que por suerte era una sola:

—Washington Patch, al fin te encuentro, he venido a verte de tan lejos...

3 | Vannia

Bajé el vaso y lo apoyé en la barra con cuidado antes de que se me cayera al suelo. Sí: dos ojos verdes me miraban.

—¿Vannia? —tembló mi voz.

—¿Qué, ya no me reconoces? O peor... ¡no me recuerdas...! —rio ella.

—¡Vann!

Casi me desmayo, en serio. Fue el verdadero Apocalipsis, una Hecatombe Planetaria, el Diluvio Universal. Lo del diluvio no lo digo porque lloré, no te creas. Ella tampoco lloró, sino que nos reímos como dos estúpidos. Atravesé de un salto la barra (literal) y nos abrazamos y la alcé y ella levantó los pies del piso y flexionó las rodillas y todo así como en las películas, supongo.

—¡Vann! ¿Qué hacés acá? —En ese tiempo de lejanías, para sentirla más cerca, había empezado a llamarla "Vann", pero nunca se lo había dicho personalmente. Me pareció raro, me gustó.

Y ella, sonriendo, sobradora, me respondió:

—"He venido a verte de tan lejos", ya te lo he dicho.

Las toneladas de mar que nos separaban se habían evaporado de repente.

—Pellizcame.

—Pero qué dices, tío.

—Pellizcame, dale. Acá en el brazo. Para asegurarme de que no estoy soñando, que estás acá conmigo, que es verdad que viniste a verme de tan lejos.

Vannia me dio un pellizcón tan fuerte que todavía me duele. Poderosa, la chica.

—¡Vamos! —me entusiasmé, haciendo volar el repasador azul—. ¡Salgamos de acá ahora mismo! —Y la empujé con resuelta suavidad en dirección a la salida.

—¡No seas cabrón! —me detuvo ella—. ¡No irás a abandonar el curro así como así! Tampoco me iré mañana, hombre. Ya he pagado una semana de hotel, habrá tiempo para todo.

Volví a mirarla. Era Vannia, sí, pero a la vez no era. Era una Vannia más segura de sí misma. Un año y medio viviendo, por fin, sin un padre autoritario que la tuviera de marioneta la había cambiado bastante. Estaba sana y salva, además. Y, sobre todo, más hermosa que nunca. Y tenía razón: me esperaría.

Un grupo vino a pedirme un daikiri, encendieron las luces estroboscópicas y pusieron música electrónica. Vannia retrocedió hasta la pista de baile caminando para atrás, haciéndose la payasa, y empezó a mover el esqueleto. Yo tampoco dejaba de mirarla mientras preparaba el daikiri. Qué esqueleto. Parecía que iba a desencajarse en cualquier momento. Qué distinto bailaba Vannia respecto de Lupe, o de cualquier chica de Colonia del Sacramento.

Vannia se quedó en Apocalipsis hasta que terminó mi horario de trabajo. No pudimos hablar demasiado en esas horas, pero le regalé un licuado de berenjenas, que era mi "trago estrella", y otro improvisado, elaborado especialmente para que adivinara los ingredientes. Era un juego que hacíamos cuando trabajábamos juntos. No adivinó ninguno: para eso seguía siendo de madera.

Esa noche, Lucio y mis otros compañeros me hicieron pata para que yo pudiera irme con ella un rato antes, apenas cerrado el local, sin tener que llevar los vasos a la cocina o pasarle el trapo a la barra. Con todo, recuerdo que al salir, el cielo ya había cambiado. Nos acunaba una luz; esa luz pura, fresca, de sábado recién nacido.

4 | Chivitos completos

No sé qué calles pisé con Vannia esa madrugada, porque sentía que volaba. *¿Por qué dejaste de responder mis mensajes? ¿Por qué no me contaste que venías? ¿Por qué no esperaste que yo fuera para allá, como habíamos quedado? ¿Cómo supiste que yo trabajaba en Apocalipsis? ¿Volviste a ver a Pedro?* Tenía tantas preguntas para hacerle... pero fue ella quien primero me preguntó:

—¿Comemos un chivito?

Pensándolo bien, no había mejor plan para ese sábado a la madrugada que un buen chivito completo, con papas fritas y todo.

Yo sabía que el restaurante del Torreón todavía estaba abierto, sus chivitos eran famosos y además quedaba a dos cuadras, así que no tuvimos que pensar más. Nos sentamos frente a frente, balconeando al río. Silencio más silencio más silencio, picoteado cada tanto por algún piar de pajaritos.

Pedimos un chivito cada uno y, cuando nos sirvieron los vasos, yo brindé:

—Por las preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Las que voy a hacerte ahora.

Y fui al grano:

—¿Por qué dejaste de responder mis mensajes, Vann?

Vannia inclinó la cabeza, y sus dedos, inquietos, jugaron a descascarar el pan que ya nos habían servido. Hubiera jurado que estaba a punto de llorar. Entendí que no iba a ser fácil el juego de las preguntas y que quizás no me alcanzarían ni seis chivitos para empezar a entender.

Silencio más silencio más silencio, ahora sin pajaritos, hasta que Vannia recargó su batería, alzó la vista y largó mil palabras juntas:

—¿Recuerdas que te expliqué que Pedro, cuando vino a visitarme al Comedor, me ha pedido ver el libro de Lugh?

—Sí.

—¡Estaba obsesionado con ese libro, tío! Cuando se lo di, daba la impresión de que iba a comérselo. Y mientras pasaba las páginas, me preguntaba todo sobre mi padre. Cómo había inventado la fórmula para convertir humanos en zombis, cómo había logrado trasladar esas vidas a la propia. Pero sobre todo, Wash, me preguntaba sobre el trago que había creado Lugh para pasar su poder. Qué consistencia tenía, qué color, qué olor y qué efectos produciría en quien lo bebiera. Yo traté de responderle lo que sabía, pero cuanto más me preguntaba, más temor me inspiraba. También quiso saber si a Lugh, a pesar de ser como era, alguien lo había querido.

Estas últimas palabras humedecieron aún más los ojos de Vannia, y desde esa humedad me preguntó:

—¿Por qué crees que Pedro me hacía tantas preguntas?

—No tengo idea —le mentí, ocultando mis sospechas—. Pero por eso, justamente, cuando me contaste eso te pedí que te alejaras.

Justo llegaron los chivitos.

—No pude alejarme de él, Wash... ¡No podía dejarlo solo! Pedro estaba angustiado... y no olvides que desde la muerte de mi padre, él siempre ha estado cerca de mí. Bueno, tú también, desde la distancia, pero él me ayudó a que los empleados del Comedor se reencontraran con sus familias, ha vendido para mí algunas cosas del restaurante, me ha contenido, me ha aconsejado, me ha escuchado, me hizo tanta compañía...

¿Compañía? Me subió un calor de repente. No quería seguir escuchando. Me apresuré a servirle las papas fritas. ¿Estaba celoso? ¿Acaso tendría que estarlo? Todas mis fantasías entre Vannia y Pedro parecían a punto de confirmarse.

Vannia abrió el sobrecito de kétchup con los dientes y lo vació sobre ellas. Abrió otro. Cómo le gustaba el kétchup a Vannia. Y a mí me gustaba que le gustara: sí, Vannia seguía siendo Vannia. Terminé de confirmarlo con lo que me dijo después:

—Además tú nunca me has explicado por qué querías que me alejara de Pedro, tío. Simplemente me lo ordenaste. "Por tu bien aléjate de Pedro, aléjate de Pedro..." ¿Es que no recuerdas que yo he convivido más de veinte años con un

monstruo, Wash? ¡Vaya si tengo experiencia! ¿No te parece? ¿No me crees capaz de enfrentarme a Pedro, sea lo que sea que le esté sucediendo? ¿Acaso no crees en mí porque... porque soy mujer? ¿Eh?

Tosía sus palabras. Le ofrecí el vaso con agua. Esa era la Vannia intensa y frágil que me había enamorado, que me enamoraba y que volvía a enamorarme aquel amanecer, en el restaurante del Torreón, un año y medio después de nuestro último encuentro. Pero yo no era fuerte como ella, sino cobarde, y no le dije que sí, que creía en ella a muerte, ni le pedí perdón si la había ofendido. Es que me odiaba por haber vivido en Uruguay mientras ellà estaba en España con Pedro, y eso me nublaba el pensamiento. Lo que hice fue preguntarle qué más había sucedido aquella noche con Pedro.

—¿Quieres saber algo más? Pues mira: lamió páginas del libro.

Lo imaginé lamiendo el libro y me causó mucha gracia. Era una imagen tan bizarra.

—Además también me pidió que le regalara otra cosa —siguió Vannia.

—¿Qué cosa?

—El gato.

—¿El gato negro?

—Sí.

—¿El gato embalsamado de Lugh?

—Sí, Wash. El gato. Así por lo menos logré que se fuera tranquilo.

—¿Y para qué lo quería?

—Lo mismo le pregunté yo, y me ha dicho que para que le hiciera compañía. Para que lo ayudara a trabajar en su investigación sobre felinos.

Vannia le puso más kétchup a sus últimos bocados. Le quedó un poco de salsa en el borde de la boca, y eso me recordó a la Vannia disfrazada de vampiresa, chorreando sangre, las noches locas que pasamos en el Comedor, pero me salió un reproche.

—¿Por qué nunca me contaste lo del gato?

Ella no respondió. Pedí la cuenta. Cuando el mozo se fue, me dijo:

—Desde aquella noche no volví a verlo... por mucho tiempo.

—Qué bueno que no lo llamaste más.

—Sí que lo he llamado, pero él no respondía a mis mensajes.

—¿Lo llamaste?

—Una y mil veces. ¡Jolín! Cuanto más me pedías tú que no tuviera contacto con Pedro, más contacto deseaba tener yo. Hasta he telefoneado a su trabajo, a la oficina de Greenpeace, porque pensé que quizás se había ido de viaje sin avisarme.

—¡¿Llamaste a su trabajo?!

—Pues sí.

—¿Y qué te dijeron?

Llegó la cuenta; pagamos.

—¿Qué te dijeron, Vann? —insistí mientras dejaba la propina.

—Que lo habían despedido.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Venga, andando te lo explico.

Nos levantamos y empezamos a caminar. El paisaje era azul violáceo. Todo: los árboles, la línea de balaustradas, el césped, los caminos, las casas. La brisa del río refrescaba mis mejillas y enredaba su pelo, ahora también violeta, que ella descorría con una sensualidad arrobadora.

Estaba demasiado fresco para su remerita sin mangas, así que me saqué el buzo y se lo di. Ya compensaría de alguna manera tanto altruismo, pensé. Unos buenos eructos con amigos, colarme en alguna fila, matar a una vieja en un videojuego... algo. Pero ahora, ser caballero con ella me gustaba. Mucho.

Pasamos el bastión de Santa Rita y seguimos por la costanera hacia el muelle. Vannia tomó coraje y me contó lo que le habían dicho los de Greenpeace por teléfono.

—Mató un gato.

Me quedé helado. ¿Justo Pedro, el defensor más acérrimo del reino animal, asesinando un minino? ¿Acaso ese crimen era parte de la famosa investigación sobre felinos de la que tanto hablaba?

—Descubrieron el cadáver en su morral. Él mismo admitió haberlo matado.

Relacioné su hermetismo con los ojos de gato que me pareció verle en el aeropuerto; los que ahora, después de

saber que Pedro había asesinado a un gato, se volvían más reales que nunca. Aunque... ¿un gato matando a otro gato? ¡Qué extraño rompecabezas! Se me rompía la cabeza. Necesitaba urgente una cura de sueño para pensar mejor, pero no podía irme a dormir sin confirmar lo que sospechaba y tanto me torturaba: que Vannia había visto a Pedro una última vez y no me lo había contado.

5 | El ascensor

Cuando pisamos el muelle, decidí saltear todas las preguntas de la lista y llegar directo a la última:

—¿Volviste a ver a Pedro después de ese llamado a Greenpeace?

El muelle tenía una única dirección: la verdad.

—Sí, lo vi, Wash.

El cielo cayó sobre mi cabeza. Tuve que sentarme en el primer banco que había, porque la presión era enorme.

—Y casi me mata, Wash. Por eso he venido a verte.

Se desplomó en el banco a mi lado, frente a los barcos. Yo me alivié y me preocupé al mismo tiempo. Sin duda, esa noche, con Pedro, Vannia no había tenido una cita romántica.

—Te escucho —le dije, mirándola a los ojos con cada centímetro de mi cuerpo.

Vannia empezó a contarme aquel encuentro.

—Fue un miércoles por la noche, hace unos quince días. Yo estaba haciendo orden porque como sabes iba a vender el restaurante, y aún no me había ido a acostar cuando sonó el teléfono de línea. Era extraño, porque a ese teléfono solo llamaban algunos antiguos clientes que no sabían que El Comedor de las Tinieblas había cerrado, así que atendí de mala gana y allí fue que escuché la voz de Pedro.

Sonaba muy apremiado y me dijo que necesitaba "urgente" el libro de Lugh. Yo no iba a dárselo, pero sí quería verlo a él. Me pidió que fuera a verlo yo, pues él no podía salir. Tenía miedo. Terror de salir a la calle. "¿Ataque de pánico?", quise saber. Pero no: no era por él sino por los demás. Que el peligroso era él. "Por favor", me decía, "por lo que más quieras, ven urgente con el libro". Su voz tenía un tono suplicante y feroz, al mismo tiempo. Yo había estado esperando meses a que se contactara, así que no lo dudé y fui a ver qué le sucedía.

—¡Pero Vannia! —me quejé—. ¡Ibas a meterte en la boca del lobo!

—Y lo he hecho.

Vannia se acomodó en el banco. El banco miraba hacia las amarras y nosotros nos mirábamos entre sí. Vi cómo el contorno de su pelo rubio tirando a pelirrojo (o pelirrojo tirando a rubio, qué sé yo, al fin y al cabo es lo mismo) brillaba más que de costumbre, con una aureola a contraluz, por el sol que ya crecía por su espalda.

—En cuanto toqué el timbre de su apartamento —siguió Vannia— el tío abrió la puerta lo mínimo indispensable para dejarme pasar y volvió a cerrarla enseguida. Lo vi angustiado, pero hacía un esfuerzo por moderarse. Me sonrió. Nos sentamos en las únicas dos sillas que tenía. Eché un vistazo a mi alrededor. Cosas tiradas, objetos rotos, platos en el suelo con comida de hacía días. Como si en esa casa viviera una fiera, una bestia, un alma en pena. Me preguntó si

seguía fabricando llaveritos. ¿Recuerdas que yo hacía llaveros, Wash? ¿Recuerdas que hice uno para ti?

"Claro", le dije. Lo tenía siempre en el bolsillo. Se lo mostré. Los dos bailando descalzos en la playa, tallados por ella en madera. Le di un beso en la mejilla y le pedí que siguiera.

—Vale. Pues Pedro se inclinó hacia un cajón cercano, lo abrió, sacó un llaverito y me dijo: "Yo también hago llaveros. Te lo regalo en agradecimiento por haberme traído el libro". Era una esfera traslúcida, suave, fría, como una canica. "Parece un ojo de gato", le dije en broma. "Lo es", me sonrió él, orgulloso. No era broma. "Parece un ojo de gato *de verdad*", continué yo, nerviosa. "Lo es", sonrió él aún más. A mí me bajó la presión, Wash, de verdad, sentí que mi cuerpo era gelatina y dejé caer el llavero al suelo. Luego, con mucho esfuerzo me puse de pie para ir al lavabo, pues quería vomitar o algo. En ese momento, Pedro agotó su parsimonia y con un violento grito me preguntó dónde estaba el libro de Lugh. Le señalé mi mochila, para ganar tiempo, mientras iba al lavabo porque me sentía pésimo en serio. Pero la puerta que abrí no era el lavabo. ¡No quiero recordarlo, Wash!

Vannia subió las piernas al banco, contrayéndolas contra su cuerpo, y ahogó su cara entre las rodillas.

—¡No me lo recuerdes, Wash, por favor!

—Está bien, Vann —traté de calmarla, abrazándola—. No me lo cuentes si no querés.

—¡Es que debo contártelo, Wash! ¿Cómo no voy a contártelo? ¡Para eso he venido de España! ¡Para contártelo!

—Está bien —traté de calmarla otra vez—. Contámelo, si querés.

—¡No puedo contártelo, Wash! ¡No me lo recuerdes!

Quién entiende a las mujeres. Me lo contó recién cuando el sol despuntó por detrás de la isla San Gabriel, y tenía razón en dudar: estaba a punto de contarme la primera escena de terror de las varias que viviríamos después.

—Cuando abrí esa puerta —me dijo—, vi una habitación totalmente diferente al resto de la casa. Ordenada, pulcra, inmaculada. Como un quirófano. Había varias mesadas con... gatos. El primero que vi, recortando la luz artificial que entraba por la ventana, fue el gato negro de mi padre. Sin embargo, no tenía el brillo en los ojos que solía tener cuando decoraba el Comedor. Es que no tenía ojos, Wash, ¡tenía las cuencas vacías! Di un paso hacia atrás y quise salir corriendo, pero respiré hondo y me detuve para mirar a los otros. Eran tres: todos exactamente en la misma posición. Parados sobre sus cuatro patas, con la cabeza erguida, las fauces abiertas y sus colmillos blancos y punzantes. Creo que uno era gris, otro rayado y uno pardo, pero no estoy segura, no había mucha luz ni yo tenía mucho tiempo ni fuerzas para mirar demasiado, tampoco, porque él ya buscaba el libro en mi mochila. Eso me dio unos segundos más. Ya ni náuseas tenía, lo único que necesitaba era volar ya mismo de ese lugar. Pude traspasar la puerta y entrar al ascensor justo antes de que Pedro me alcanzara.

—¡Qué suerte que te escapaste!

—¿Escaparme? Aún no me había escapado, Wash. Pedro salió del departamento apenas unos segundos después de que el ascensor se pusiera en marcha, pero tú mismo has vivido allí mucho tiempo, así que recordarás que las puertas y la caja del ascensor son de rejas. Es un ascensor antiguo y, sobre todo, muy lento. O Pedro era muy veloz, no lo sé, porque me alcanzó en el séptimo piso, y a partir de allí fue bajando por las escaleras a la par mío. A través de las rejas me llamaba "mentirosa", "traidora". Decía: "Quiero el libro, maldita, dame el libro". Luego sufrió una transformación. Sutil, pero abominablemente demoníaca. No habló más, y con movimientos tan vertiginosos que apenas yo alcanzaba a distinguir, metía las manos a través de las rejas, aún con el ascensor en movimiento. Tenía las uñas largas, Wash. Tenía garras. Te lo juro por mi madre, aunque no la he conocido. Pero hay algo aún más escalofriante: yo sabía que en el instante en que el ascensor llegara a la planta baja, Pedro abriría la puerta y esa sería mi perdición. Mi corazón golpeaba mi pecho con tanta fuerza que lo sentía como pinchazos. Estaba en una jaula, Wash; estaba servida en bandeja. Desesperada, intenté lo imposible: presioné el botón del noveno, para que volviera a subir enseguida, antes de que Pedro pudiera abrir la puerta en planta baja. Logré hacerlo, por fortuna. El ascensor comenzó a subir mientras Pedro trepaba las escaleras. La escalera estaba oscura y el ascensor, iluminado. Pensé que apagando esa luz estaríamos más parejos, pero qué error cometí: todo se volvió negro. Solo

veía sus ojos a centímetros de mi cara, del otro lado de la reja. Pedro no se tropezaba con nada, Wash. Avanzaba por las escaleras con tanta precisión como a plena luz del día. Y sus ojos. No eran blancos, Wash. Eran amarillos, con una raya negra en el medio. Una raya que se engrosaba o se afinaba, intermitente, mientras el resto del ojo brillaba en la oscuridad. ¡Los mismos ojos de Lugh! Me mordí tan fuerte los labios para no gritar, que los rompí y sentí en la boca el gusto de mi propia sangre. Me limpié con la manga y comencé a presionar coléricamente el botón de la planta baja. Para mi sorpresa el truco volvió a funcionar, porque el ascensor arrancó otra vez justo antes de que Pedro pudiera abrir la puerta. Bajamos de nuevo, yo dentro del ascensor y él por las escaleras, respirándome en la cara y dando zarpazos a través de las rejas, zarpazos que casi llegan a tocarme. Seguí con mi método: de arriba a abajo, de abajo a arriba, pero... ¿cuánto tiempo podía mantenerme así? Pedro no se cansaría fácil —lo sabía— y en algún momento iba a alcanzarme y matarme. Ya habíamos subido y bajado cinco o seis veces sin que Pedro diera muestras de cansancio, cuando el ascensor, de repente, se detuvo en el tercero. Creo que mi corazón dejó de latir hasta que miré de reojo a través de la reja y no vi a Pedro, sino a una vecina. Allí estaba ella, con su cuerpo voluptuoso y su sonrisa. El ascensor tenía capacidad para dos y la mujer era realmente gorda, por eso Pedro, que ya había llegado, no entró al ascensor. Para mí fue muy extraño, y un alivio que, ante esa situación,

Pedro reprimiera su impulso. Bajé con la vecina a planta baja, allí abrimos la puerta y salimos a la calle. Juntas. Yo, pegada a ella. Me daba conversación; nunca amé tanto un diálogo banal como el que tuvimos. Nunca quise tanto a una desconocida. Aguardé con ella su micro y, cuando llegó, nos subimos. A esa altura yo ya no veía a Pedro por ningún sitio pero aún no me fiaba, claro. Ella bajó y yo seguí. Al tiempo creí que estaba perdida, pero miré mejor y vi que era el barrio de Lili. No lo dudé: esa noche me quedé a dormir con ella. No le conté nada para no preocuparla, pero con excusas seguí durmiendo en su casa hasta el día del vuelo.

Lili había cuidado a Vannia desde bebé y cuando sospechó que, en el Comedor de las Tinieblas, lo que empezó siendo un juego se convertía en un infierno, renunció. Quiso mantener contacto con Vannia, para preservarla de Lugh, pero Lugh levantó un muro entre ambas. Vannia me había contado que la extrañó por diez años y, cuando Lugh murió, fue a buscarla y la encontró, con los brazos abiertos para volver a alzarla y abrazarla.

6 | El enjuague

Con lo poco que me quedaba de cerebro (hacía más de veinticuatro horas que no pegaba pestañas) tuve una sabia revelación: los ojos de gato que le había visto a Pedro en el aeropuerto, efectivamente, eran reales.

Seguimos caminando por el muelle. Tenía chuchos de frío y me dolían los huesos, pero los nuevos rayos de sol me daban fuerza para contárselo. Tenía que contárselo.

Seguimos.

Por el muelle.

Hasta el final.

—Yo vi sus ojos de gato —le dije.

—¿Qué? ¿Ojos de gato de quién? ¿Qué gato?

—En el aeropuerto, justo cuando me iba. Pedro tenía ojos de gato.

Vannia se detuvo en seco (es una manera de decir, porque estábamos en medio del Río de la Plata). Me miró fulminante, puso los brazos en jarra y:

—¿Y recién ahora me lo dices? ¡Ocultarme semejante noticia, tío! ¡Ostia! ¡Joder!

Nunca la había escuchado decir esas palabras extremas, todas juntas. Apuró el paso hacia el final del muelle. Yo la seguía. Después giró violentamente y me dijo:

—¡Por eso tanta insistencia en que me alejara de Pedro!, ¿no? ¿Y por qué no me lo has contado? Primero no me explicas por qué querías que me alejara de Pedro, y ahora además me entero que tú también le habías visto ojos de gato a Pedro. ¡Creí que estábamos juntos en esto!

—Pero Vanni...

—¡Vanni nada! ¡Ni Vann ni Vannia! ¡Me has tratado como a una estúpida!

—Es que yo quería que te alejaras de Pedro por eso, porque yo creí verle ojos de gato... pero no estaba seguro, no quería darte una falsa alarma.

Vannia estaba tan ofendida que no me escuchaba. Seguimos así hasta llegar al final del muelle. Yo tenía que hacer o decirle algo para que me perdonara.

"Pensá, Wash, pensá".

Justo al final del muelle, entre los tablones del suelo, había crecido un arbolito. Ella arrancó una hoja grande y, como antes había hecho con la corteza del pan, empezó a destrozarla.

—Admito que estuve mal —dije yo, usando su silencio— pero vos tampoco me habías contado que le viste ojos de gato hasta recién, y tampoco que lo habías visto. Los dos nos ocultamos cosas al otro.

Vannia me miró de reojo. Yo aproveché.

—¿Amigos?

Vi una luz de esperanza. Se me vino a la cabeza esa canción de Onda Vaga que dice así (a ver si me la acuerdo):

Si es verdadera
nuestra mañana
habrá que soltarse los broches
y salir, salir salir salir salir...
Hoy que nos llueven flores
algunas podemos fumar
con el ejército de los fumadores
de la suavidad
de la pipa de la paz.

Yo también corté una hoja y la acerqué a su tallo ralo. Brindamos. Casi sonrió, te lo juro. No fue una idea mía, creo que sonrió en serio, pero enseguida dio un paso hacia atrás y con un vozarrón me preguntó:

—¿Me puedes explicar por qué Pedro tiene esos puñeteros ojos de gato?

Yo puse en palabras lo que los dos ya estábamos pensando:

—Porque Lugh le pasó su poder.

Ella me miró impactada. Sus ojos eran de mar picado; bandera roja.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—¿Pero cómo? —siguió ella, cada vez más embravecida—. ¡¿Cómo hizo?!

Necesitaba darle la mejor de mis respuestas, así que razoné como pude (¡piedad, seguía sin dormir!). Recordé que Lugh iba a pasarle su poder a Vannia dándole de tomar el

trago, pero ella no lo tomó. La clave era... ¿dónde había quedado la bebida? Me acordé: en el departamento que compartía con Pedro, en un frasco de enjuague bucal. Seguí haciendo memoria. El frasco de enjuague bucal yo lo había puesto... en... en unos estantes del armario de nuestra habitación. Pero a la tarde el frasco ya no estaba, y esa noche Pedro se había sentido descompuesto. ¿Cómo pude haber sido tan imbécil de no darme cuenta de que Pedro lo había tomado, o que por lo menos se había enjuagado la boca con ese enjuague del demonio?

En este momento estoy a punto de contarte el secreto más íntimo que le haya contado a nadie jamás. Porque se trata del mayor acto de miseria que puede cometer un ser humano, quien vendría a ser, justamente, yo. El acto más vil, más bajo y hediondo del que puede ser capaz un alma imperfecta o más bien perfecta y asquerosamente cobarde como la mía. A pesar de que era Vannia —nada más y nada menos que Vannia— hice algo terriblemente injusto en su contra. ¿Qué hice? Le eché la culpa de todo. Sí, tal cual, o por lo menos le sembré el bicho de la duda.

—¿Dónde dejaste el trago original, Vannia? —le pregunté.

(Lo admito, soy una larva).

Vannia abrió sus ojos como dos globos a punto de reventar y, después de unos segundos que parecieron eternos, balbuceó:

—¿El trago original lo tenía yo? Me... ¿me lo diste a mí, Wash? ¿Cuándo?

Como una mentira llama a la otra, yo seguí:

—La última noche, en la fiesta. Cuando te di el trago trucho te devolví ese, también. El de Lugh.

Vannia se agarró la cabeza con las palmas y los dedos abiertos, como si el cerebro estuviera a punto de salírsele del cráneo, y su pelo rubio tirando a pelirrojo se abrió en mechones que refulgieron tanto que tuve que cerrar los ojos. No quería verla ni escuchar lo que decía.

—No me acuerdo, Wash. Te juro que no me acuerdo... pero si tú lo dices fue así, entonces seguramente él bebió el trago alguna de las noches en que vino al restaurante, él siempre hurgaba las cosas... Tal vez lo encontró por algún lado y lo bebió... Siempre bebíamos juntos... ¿Cómo pude, tío? ¡Soy la peor! ¡Pobre Pedro! ¡Todo esto es por mi culpa!

No, no podía escuchar más. Sentí que mi piel se enrojecía como un pimiento. Tenía tremendos celos de Pedro cuando los imaginaba bebiendo juntos en el restaurante, riendo y festejando mientras yo estudiaba química o trabajaba para ir a verla, y esos celos rojos se superponían con el rojo de la vergüenza por lo que acababa de hacer. Estaba hinchado, me picaba el cuerpo, mil aguijones, no pude más. Tenía alergia de mí mismo. Empecé a rascarme la nuca, las axilas y la ingle frenéticamente. Creí que me moría. Recién pude calmarme cuando me tiré al río, por fin.

7 | ¿A quién hubieras matado?

—¡A levantarse, dormilón! ¡Tenés visitas!

¿Era un sueño? No, era Delia y eran las cuatro de la tarde. Y era Vannia, que me esperaba en el living.

¿Qué había pasado esa madrugada, después de tirarme al agua? Lo recordé con los ojos todavía cerrados, sin levantarme. Vannia y yo adentro del río, vestidos los dos. Creo que forcejeamos... ¿Jugábamos? ¿O ella me empujaba para llevarme hasta la orilla? Me acuerdo que en la orilla le conté. Sí, al final le conté la verdad, le conté que el trago de Lugh había quedado en la casa, que ya me acordaba. Que el culpable había sido yo, por descuidado. En mi recuerdo vi a Vannia dar media vuelta y caminar por la orilla, ofendida, o quizás queriendo alejarse para decidir cómo reaccionar. Vannia era reflexiva, después de todo.

—¡Vamos, nene, que la chica te espera!

Era la voz de mi tía Delia, otra vez. Me desperecé como los gatos (sin dobles sentidos, se entiende) y fui al baño. Me cambié lo más rápido que pude y salí para el living, donde Vannia tomaba helado con mi tía.

—Le gusta el de frutos rojos —sonrió Delia.

Vannia también sonrió; comía un cucurucho. "Bien", pensé. "Todo tranquilo". Se había hecho una trenza de costado y

llevaba un solero con girasoles y sandalias que dejaban ver el tatuaje del tobillo.

Mi tía nos dio un plano de la ciudad. El faro, los museos, la feria de la plaza, dos restaurantes y la Calle de los Suspiros. "Un montón de lugares para visitar", dijo, "y vos no fuiste a ninguno". "Zas", pensé. Se viene el sermón del día. Se me ocurrió un truco para cambiarle el disquito:

—¿Y si las chicas nos prestan las bicicletas?

Las chicas eran las melli, sus hijas. Habían nacido hacía doce años y tres meses y medio.

—Están en el fondo matando hormigas. Vayan nomás y pregunten. Yo voy a seguir atendiendo la heladería.

La casa de Delia era grande: tenía muchas habitaciones, un patio y el local de la heladería. La atendían ella y Rubén, su empleado. No tenía marido, pero sí algún novio cada tanto. Y las melli, por supuesto. "Las alegrías del hogar", como decía ella, aunque de florcitas, las nenas, la verdad que poco y nada.

Fuimos con Vannia al patio del fondo. Las mataban con una lupa. Buscaban la luz del sol y movían la lupa de tal forma que la lente formaba un rayo mortífero que las chamuscaba al instante. Llevaban la cuenta de las bajas. Cuando nosotros llegamos habían matado veintiséis.

Lo primero que hicieron fue preguntarme si Vannia era mi novia. Los dos nos reímos, nerviosos. "Si se ríen, es porque son novios", dijo Francisca, la mayor (por tres minutos, pero siempre lo hacía notar). "No, nada que ver", se apresuró a decir Vannia. "Somos amigos", completé yo,

disimulando mi decepción. "Como los amigos de mamá", sonrió Josefina, la más chica, mientras mataba a la hormiga número veintisiete.

Por suerte nos prestaron las bicicletas. Yo creo que lo hicieron para que se las infláramos.

El casco histórico se recorre fácil en bicicleta, así que cuando terminamos seguimos pedaleando por la rambla. De un lado el río; del otro, casas o edificios bajos, recién construidos o a medio construir. Llegamos hasta la Plaza de Toros, pero no entramos porque estaba abandonada desde 1912 y había riesgo de derrumbe.

"Prohibido arrojar personas", rezaba un cartel que había quedado de aquella época. Con Vannia nos reímos. Era muy gracioso.

Tanta risa nos dio sed, así que compramos unos jugos y nos sentamos a tomarlos en el cantero de un árbol que había en la puerta del kiosco.

Después de tomar los primeros sorbos nos sacamos unas selfies. Teníamos que inmortalizar el momento. Nos hizo bien evitar el tema "Pedro" al principio; disfrutábamos (o por lo menos yo) de estar los dos juntos y lejos de él. Pero unos sorbos más y llegó el tema. Creo que todos los líquidos nos hacían acordar a ese maldito brebaje de porquería. Empezó así, sin darnos cuenta, cuando ella dijo:

—¡Qué rico jugo! Me hace revivir.

Nos miramos unos segundos. Yo le dije:

—A mí me mata. Es tan rico que me mata.

Y explotamos de la risa otra vez, hasta esa pregunta mía:

—Vann... ¿Lugh te dijo alguna vez qué efectos habría tenido el trago sobre vos, si lo hubieras tomado?

A Vannia se le fue la risa y vino un suspiro. Iba a disculparme, a decirle que no importaba, que no me contara si no quería, cuando largó esto:

—No, porque depende de cómo interactúe la sustancia con los químicos del cerebro.

Me pareció divertido que Vannia mencionara químicos del cerebro. Para aliviar un poco la cosa le pregunté si sabía qué químicos tenía el suyo y me dijo que no.

Entonces me acerqué y empecé a separar mechones.

—Veo europio, bromo, manganeso y... ¡carbono! Uy, ¡cuánto carbono que veo!

—¿Carbón?

—No, carbono. O sea, diamantes. ¿No sabías? Tenés un montón, por eso tu pelo brilla tanto.

Y mientras se lo acariciaba, le canté un poco la de Spinetta:

Ven a mí
con tu dulce luz,
alma de diamante,
y aunque el sol
se nuble después,
sos alma de diamante...

Vannia buscó mis ojos. Ojos verdes, tenía Vannia. Yo, marrón caca. Pero no me importaba, porque sentía que a ella le gustaban.

Fue instintivo, no sé. Fue sin pensar. Nos acercamos. Ella bajó sus párpados y abrió su boca. Yo hice lo mismo. Nos besamos. Yo te juro que volé.

Ese fue el primero; después vinieron más besos. Dóciles, tímidos, al principio. Plácidos, próximos, en el medio. Húmedos, cósmicos y hasta bélicos, al final.

Nos besamos hasta que llegaron unos gurises que rompieron el clima —por no decir otra cosa—, entonces Vannia retomó el tema del trago. Me dijo que había algo que sí le sucedería inexorablemente a quien lo bebiera.

—¿Qué es, Vannia? —quise saber.

—Que la muerte gobernará sobre él hasta que cumpla siete, no seis.

—¿Hasta que cumpla siete años?

—¡No! Siete muertes, Wash.

—¿Siete muertes? No entiendo.

—Mientras regresamos te lo explico. Estos niñitos apestan.

Nos levantamos, jugamos a embocar los envases del jugo en un cesto y alzamos las bicicletas. Caminábamos lento, llevando las bicis de costado.

—Quien beba el veneno tendrá el irrefrenable impulso de matar, Wash. La misma pulsión que tenía mi padre, pero esta vez siete vidas en vez de seis, como hizo él. En este caso, su propia vida no cuenta. Deberá matar siete veces. Dar siete muertes para empezar a vivir.

Vannia bajó el mentón.

—Y hay algo aún peor, Wash.

—¿Qué...?

Vannia me miró.

—¿Alguna vez te has preguntado si es mejor matar a cien personas desconocidas o a una, la persona que más amas en el mundo?

¡No!, era una pregunta imposible. Las dos respuestas suponían una pesadilla. Por suerte no esperó a que respondiera.

—La séptima muerte debe ser la de alguien amado, Wash. La persona que tú más quieras. La que más ames. La que más.

Silencio en la sala, mejor dicho en la calle. Pajaritos, algún grillo, una rana. Una moto que pasaba. Risa de los gurises al fondo. Tanto silencio no, en definitiva, pero sí un agujero negro entre nosotros con una única pregunta, la gran pregunta que le hice a continuación:

—Y vos... ¿A quién hubieras matado?

Vannia se detuvo y me miró fijo, sin parpadear. Buceé en sus ojos todo lo que duró esa mirada, pero no encontré la respuesta. Prometió decírmelo esa noche, antes de que yo entrara a trabajar. Le habíamos ofrecido a mi tía Delia ayudarla con la cena.

A las siete, en el patio del fondo de la casa, mientras bajábamos los asientos de las bicicletas (ya infladas), escuchamos un maullido. Era un lamento más bien, de esos maullidos-lamento

que a veces se confunden con el llanto de un bebé. Vannia y yo nos quedamos impávidos. El llanto salía de la piecita donde estábamos a punto de guardar las bicicletas.

No quisimos mirar, pero miramos. No vimos nada, hasta que la puerta de chapa de la piecita se abrió y salieron las mellizas. Llevaban algo envuelto en una mantita. Se acercaron a mostrarnos lo que era.

—Son mellizos —dijo Francisca—. Como nosotras.

—Pero machitos —sonrió pícara Josefina—. Porque tienen pitulín.

Eran gatitos casi recién nacidos. Color caramelo, los dos.

—El mío es Roberto —dijo Josefina.

—No, nena, este es Roberto. Vos tenés a Escrúpulos, ¿no ves que tiene las patas blancas?

Mientras las hermanas debatían, Vannia y yo los acariciamos. Eran lindos.

—Guardamos las bicis y vamos a la cocina —prometí.

Cuando nos acercamos a la puerta de la piecita, oímos otro quejido. ¿Y ahora qué? Abrí la puerta temeroso pero intrigado. Era otro gato más grande. Se llamaba Manteca y era la mamá de los gatitos recién nacidos. Lo llevamos a la cocina, también.

En la cocina, Vannia y yo le pasábamos el tenedor a los ñoquis mientras Delia preparaba la salsa y las melli jugaban con los tres gatos. Salsa de hongos, como la que hace mi papá. Después de cenar y seguir jugando un rato con los cachorros, acompañé a Vannia al hotel.

Me dolía la lengua de tanto mordérmela para no preguntarle otra vez a quién hubiera matado, lo que iba a implicar... saber quién era la persona que ella más amaba en el mundo. Yo estaba realmente ansioso. Fue en el minuto noventa, cuando nos despedíamos en la puerta antes de que yo fuera a trabajar, que Vannia me agarró la barbilla, me miró fuerte y me dijo:

—A ti te hubiera matado, tontín.

8 | El Hombre Araña

—¡A comeeeeer!

Esta vez, quien llamaba a la mesa era yo. Me había acostado a las seis de la mañana (todavía iba a Apocalipsis) pero hice el asado y todo. Vacío, chinchulines y chivito. Un sobrino ejemplar. Delia no podía decir ni mú (la vaca tampoco, ja).

Nos sentamos los cinco en una mesa que armamos en el fondo. Las melli, sentadas una a cada lado, peinaban a Vannia y le ponían hebillas y no sé cuántas cosas más que se ponen las mujeres. Vannia tenía una expresión de paz que no podía más; le encantaba que la peinaran. Hasta que llegó la comida y el consabido reto de mi querida tía Delia: "Si nos sentamos a comer, comemos. Y no pelos, precisamente, chicas".

Mientras hincábamos los dientes les conté a mi tía y a las melli que con Vannia habíamos ido en bicicleta hasta la Plaza de Toros. Josefina cambió de tema y nos contó que Rubén le había enseñado a poner cuatro bochas de helado una arriba de la otra. Francisca dijo que era mentira, que Josefina no pudo, y Josefina que sí y Francisca que no, y Josefina, que la otra qué sabía, si no la había visto. Delia las retó. Vannia cambió de tema y dijo que en el hotel había una japonesa que desayunaba sopa de pollo. Las melli gritaron guácala y se rieron, escupiendo unas lechugas. Delia dijo

que si seguían portándose mal las iba a poner a las dos en la misma habitación, aunque en la casa hubiera tres cuartos libres. Después se nota que pensó un poco y le preguntó a Vannia por qué no se quedaba a dormir en la casa en vez de andar pagando un hotel. Y Vannia: que gracias, pero que ya tenía pagos cinco días más, que en todo caso después veía. Que lo pensara, insistió mi tía. Que el corazón era grande, pero la casa también.

Yo corté el tema y le pedí a Delia que nos recomendara algún otro lugar para pasear.

—Si son novios, que vayan a la Calle de los Suspiros —propuso Francisca.

—No son novios. Ellos mismos lo dijeron —corrigió Josefina.

—Sí son.

—No, no son.

—¿No que sí?

—¿No que no?

Ya las iba a mandar al cuerno cuando Josefina cambió el eje de la pelea:

—Además ¿qué tiene que ver, nena? La Calle de los Suspiros no es romántica.

—¿Cómo no va a ser romántica? Por eso se llama así, por los suspiros de amor de los enamorados.

—¿Estás loca? ¡Nada que ver!

—Sí, nena: es por eso.

—No, no es. Son suspiros de sufrimiento, hermanita. Son

los suspiros de los esclavos que llegaban de África en la época de la Colonia. ¿No te lo enseñó la maestra? Además, se escucha el ruido de las cadenas.

—¡Nada que ver! ¡Ma, decile vos, dale!

Delia no se metía en ese tipo de discusiones porque, según ella, servían para que las nenas ejercitaran retórica.

—No sé si será una calle que da miedo o enamora, pero en todo caso es muy linda. Yo también la recomiendo.

Estaba cerca, llegamos enseguida. Hacía bastante calor, pero por suerte de los árboles colgaban sombras y además habíamos quedado en que después íbamos a ir a la playa. Nos filtramos en un grupo de turistas y pudimos escuchar algunas explicaciones entrecortadas. "Fíjense que la calle no es plana", fue una de las frases del guía, señalando los adoquines del suelo. "Así se resolvían antiguamente los desagües". Y era verdad: el centro de la calle estaba hundido, según él, para que corriera el agua. Después notamos que todo el grupo (unos diez o quince chinos o japoneses, serían) se cerraba en un círculo y miraba un punto en el suelo con mucha curiosidad. Escuchamos la palabra "esclavos", "túneles", "catacumbas" y vimos que todos decían "¡Oh!", en chino o japonés. Nos dimos cuenta por las caras. Era una rejilla de ventilación, porque supuestamente abajo estaban los túneles. "Tenía razón Josefina", me dijo Vannia, provocándome: "Es la calle de los esclavos, no del amor".

—¿Y los esclavos por amor?, ¿eh?

Vannia sonrió y suspiró.

—¡Suspiraste, Vann! ¡Vos también sos una esclava de amoooor!

Vannia enrojeció más de lo roja que era.

La agarré de la mano con decisión y le dije que se preparara, porque si todavía no estaba enamorada de mí, en la playa se enamoraba seguro. "Además hay que aprovechar, que ahora en España se congelan", y corrimos juntos todos los minutos que nos separaban del mar.

Cuando llegamos a la orilla, tiramos por ahí la remera y el short y atravesamos las olas. El agua era río, en realidad, pero eso qué me importaba. Mejor, así se podía tomar. Cuando el agua nos llegó por las rodillas, empezó la guerra. Yo la salpiqué con las dos manos. Ella se reía y me la devolvía. Daba un poco de frío, ahí estaba la gracia. A los treinta segundos nos habíamos empapado. Caminé unos metros para dentro y me tiré de cabeza. Casi me la doy contra la arena porque todavía era bajito, pero igual. Cuando salí, me sacudí el pelo para seguir mojándola y ella se metió al agua para resguardarse. Nadamos juntos un poco más; en lo hondo la alcé y la tiré lejos, ella me empujó y siguió la lucha. La gente nos miraba. Creo que nunca fui tan feliz, ni siquiera cuando volé en globo aerostático.

Cuando nos cansamos, nos echamos en la orilla, de panza sobre las primeras olas, las que parecían de papel. No nos acostamos uno al lado del otro, sino enfrente, como en espejo. Las olas nos pegaban de costado y nosotros, con los antebrazos apoyados en la arena y el torso erguido, cara contra cara

y nuestras manos rozándose, charlábamos de todo un poco: ella me contó la vida que llevaban ahora algunos de los empleados del Comedor de las Tinieblas y yo, anécdotas de mis compañeros de facultad o cosas de mis hermanos. Ella, que pasó muchas tardes haciendo llaveritos en la casa de Lili, que ya había vendido cien a un negocio del centro y que ahora tenía ganas de hacer un curso de carpintería. Yo le conté algunas cosas raras que había aprendido en la facultad, como que la nuez moscada en exceso produce alucinaciones más fuertes que la salvia *divinorum*, o que el ADN de un ser humano es tan largo como mil veces la distancia de la Tierra al Sol.

El agua iba y venía, pero nosotros íbamos, solamente. Íbamos derecho al lugar que tenía una sola puerta de entrada, la única, la que ahora estábamos a punto de atravesar.

Toqué sus yemas con mis yemas. No los dedos completos, solo las yemas. Me miró. Toqué sus dedos. No las manos completas, solo los dedos. Los miró.

—Dijiste que en caso de haber tomado el trago de Lugh, me matarías —le recordé.

Ella no dijo nada.

—Pero no hace falta que me mates, ¿sabés?

Alzó sus ojos y me preguntó por qué. Sabía que abría la puerta.

—Porque soy "Norberto, el hombre muerto", sonreí. Muerto siete veces, Vann. Y todas las veces por vos.

Lo de "Norberto el hombre muerto" era un cuento que había leído hacía poco y funcionó, porque sonrió con

ternura. Ahí nomás me estiré y toqué sus labios con mis labios. No la boca completa, solo los labios. Después sí toqué su boca con mi boca, completas.

Y allí nos quedamos, juntos, un resto de eternidad.

A las ocho no tuvimos más remedio que volver, porque era mi último día de trabajo en Apocalipsis. Ya no tenía sentido seguir, por lo menos no para pagar el pasaje a España, porque Vannia ya estaba conmigo, y yo quería aprovecharla cada segundo. La acompañé al hotel, resignado, pensando en las noches juntos que tendríamos después.

En el camino tampoco hablamos de Pedro, pero sus ojos de gato, de alguna manera, nos perseguían. Volví a preguntarle si se quedaría a dormir en el hotel o si prefería ir a lo de Delia. "De verdad en la casa hay habitaciones libres, y de verdad le caíste bien a mi tía", intenté disuadirla, pero no hubo caso. Solo me pidió que la acompañara a la habitación porque quería darme algo para ella por su hospitalidad. Subimos. Era una cajita de madera.

—Entonces hacés otras cosas, además de llaveros.

—Muy pocas —sonrió—. Las he traído para vender por si me quedaba sin dinero antes de encontrarte.

¿Viste en las películas, que cuando está todo increíble sobreviene la catástrofe? ¿Y viste que la realidad supera la ficción? ¿Nunca te pasó eso de que se pudra todo de repente? Bueno, a mí sí, varias veces. Y esa fue una. Empezó con un viento.

"No recuerdo haber dejado tan abierta esta ventana", pensó en voz alta mientras la cerraba. Entonces vimos que

las puertas superiores del armario también estaban abiertas de par en par.

Vannia ahogó un grito con sus manos. Después acercó la silla, se subió y metió una mano en el hueco del armario.

—El libro —musitó, lívida—. Alguien robó el libro de Lugh.

El marco de madera del armario tenía una cicatriz, como una garra.

9 | Lupe

Vannia aceptó volver a la casa de mi tía. Caminamos abrazados. Yo le llevaba la mochila, porque el incidente la había dejado bastante débil. El dueño del hotel fue contundente: por la recepción no había pasado ningún extraño y por la ventana solo podría haber entrado el Hombre Araña.

"Hombre Gato", pensaba yo.

Eso me hizo acordar al chiste del animal que es dos animales a la vez, pero no era el momento de contárselo. A cambio le pregunté:

—Vannia... Pedro no sabía que vos venías a Colonia del Sacramento, ¿no?

Vannia dudó.

Su duda me sorprendió.

Justo pasábamos por la plaza que está antes de lo de mi tía, y Vannia se dejó caer en un banco. Yo me saqué la mochila, me senté junto a ella y esperé que me hablara.

—Creo que sí sabía —murmuró.

Después me dio otra palabra:

—Lili.

Y siguió: que después de la persecución en el ascensor, Pedro llamó a Lili para preguntarle por Vannia, porque sospechó que se había refugiado allí, y Lili le contó que Vannia

había viajado a Colonia a verme. Así que, efectivamente, Pedro había ido por el libro.

El libro ya lo tenía... ¿Y después, qué?

Me odié a mí mismo por tener que dejarla sola esa noche, pero por lo menos en la casa estaría bien cuidada. La dejé jugando al *MemoTres* con las melli en la mesa de la cocina. Mientras tanto, Roberto y Escrúpulos dormían sobre la panza de su mamá, que a su vez se había hecho un bollo en el cesto de la fruta.

Entré a trabajar a Apocalipsis preocupado, malhumorado y cansado, hasta que Lucio me mostró un video de un *flairtender* y nos pusimos a practicar juntos un rato. Con Lucio no podía hablar de cosas como química, política u hombres gato, pero el maldito sabía hacerme reír. Decidí dejarme llevar por la revolución de la alegría. Era un pez en una corriente de aguas amigas, cálidas, divertidas. Última noche. Me gustaba ser barman.

A eso de las dos apareció en la barra una de las amigas de Lupe y le pidió a Lucio tres cocas. A mí me miró de reojo, curiosa, y no me saludó a pesar de que ya nos habíamos visto otras veces. Era linda, también. Casi todas las amigas de Lupe eran lindas, pero tenían esa belleza enlatada que yo por momentos compraba y por momentos me daban ganas de vomitar. Se fue con las cocas al centro de la pista, donde la esperaban sus amigas, me señaló con disimulo y ellas me miraron y se rieron (sin disimulo). Después otra se abrió del grupo para saludar a alguien. Lucio también las estaba

mirando, porque se acercó, me puso una mano en el hombro, señaló con la botella y dijo:

—Llegó Lupe.

"Y a mí qué me importa", pensé, y seguí abriendo la lata de duraznos al natural. El DJ largó la cumbia y Apocalipsis tembló. "Menos mal que hoy es mi último día", seguí pensando, porque esos *chingui-chingui* ya me estaban haciendo mal de verdad. Lupe y sus amigas, como siempre, eran el centro de la fiesta. Los chicos las admiraban y las otras chicas las envidiaban. Yo no. Yo hacía mi trabajo. Y eso a Lupe le enrulaba el pelo, con lo planchado que lo tenía. Porque la chica conmigo tenía un toc: cuando yo me acercaba, ella se acercaba. Y cuando yo me alejaba, ella se acercaba más. La ley no tardó en cumplirse.

—Hola, Doble-V.

Venía con la morocha de antes y otra de pelo corto. Me pidió lo de siempre, por tres.

—¿No estabas en Punta del Este, vos? —le pregunté mientras los servía.

—Sí, pero ya volví.

—Ya veo.

—¿Te gusta que haya vuelto?' —me preguntó.

—Sí, por qué no —respondí seco.

—Me gusta que te guste.

—Jaja.

—Nos vemos.

—Chau.

Cuando se fue, le mandé un mensajito a Vannia al celular de Delia, que se lo había prestado por esa noche para que estuviéramos comunicados, porque el suyo en Uruguay no funcionaba.

¿Estás bien, Vanni? ¿Todo tranquilo?

Sí, Wash. Delia y las niñas duermen. Yo miro una peli aquí con Manteca y los dos gatitos. Son tan adorables. Te envío una foto para que no los extrañes. :-)

En la foto también se la veía a ella. Ojos mar, sonrisa luna. Pero esa era mi última noche de trabajo y no quería ponerme melancólico ni seguir preocupado por la aparición inesperada de Pedro. "No", me dije. Esa última noche en Apocalipsis yo no iba a ser un salmón nadando contra la corriente. Iba a ser pez en el agua. Positivo, protónico. Lucio, amigos. A festejar. Después de todo, me gustaba ser barman.

10 | Manteca

—¡Arriba, Wash! ¡Son las tres y media de la tarde!

—Ya voy, tía, ya voy...

Yo seguía siendo yo. Muy yo. Es que siempre me gustó dormir, desde chico. Creo que no hay nada más placentero que hacer fiaca en la cama, aunque esa tarde también me moría por levantarme a desayunar helado de sambayón. No sé por qué, si yo odio el sambayón. Es gusto de viejo. Pero ese día, te juro, tenía un antojo sideral. Me preocupé por mí mismo en serio porque había dos posibilidades: o estaba embarazado y tenía un antojo, o había envejecido durmiendo. Le pedí a Rubén dos bochas con lluvia de copos de chocolate. Fui a comerlo a la calle para despabilarme un poco, porque todavía me sentía con la almohada pegada a la cara, cuando vi que Vannia llegaba con las melli en la moto repartidora.

—¡Nos llevó a dar una vuelta en moto! —dijo Josefina, feliz.

—¡Maneja re-bien! —completó Francisca.

Casi se me derritió el helado de la sorpresa.

—¿Cuándo aprendiste a manejar, Vann?

—¡Recién! —sonrió ella, con un beso.

Era una completa irresponsable.

Con el beso, Francisca y Josefina empezaron otra vez con eso de: "¡Son novios, son novios!". No paraban. El cantito terminó recién cuando nos fuimos de la casa. Es que ya habíamos quedado en que iríamos a recorrer los hoteles de la Ciudad Vieja.

—¿Vamos en moto? —me preguntó para provocarme.

Con mi mirada bastó.

Teníamos que encontrar a Pedro antes de que él nos encontrara a nosotros. Era el juego del gato y el ratón, y había empezado.

Hotel 1, Hotel 2, Hotel 3.

—¿Se hospeda aquí Pedro Gómez?

—No, señor.

Hotel 4, Hotel 5, Hotel 6.

—¿Se hospeda aquí Pedro Gómez?

—No puedo darle el listado de nuestros huéspedes, señor.

Hotel 7, Hotel 8, Hotel 9.

—¿Se hospeda aquí Pedro Gómez?

—A ver... Abril y Mabel Moyano, Irina, Eduardo, Valiushka, Nadina, Pablo... no, chicos. Pedro ninguno.

Hotel 10.

—¿Se hospeda aquí Pedro Gómez?

—¡Sí! Ay, no, me equivoqué, perdón... No...

Visitamos todos los hoteles, pero ni una huella de Pedro. A las siete nos compramos un paquete de galletitas y pedimos agua caliente para el mate. Vannia ya le había tomado

el gustito, pero en la tercera o cuarta vuelta, el agua tuvo otro sabor: Lupe.

Venía sola; caminaba mirando para abajo, porque el suelo era desparejo y calzaba unas plataformas. Por eso recién nos vio desde muy cerca. Su cara fue de pez globo primero y de tiburón después, con diez filas de colmillos.

—¡Hola, Doble-V! (ahí era de pez globo).

Le devolví el saludo. Las presenté.

—Vann, ella es Lupe. Lupe, ella es Vannia.

—¿Vannia? —repitió Lupe—. ¡Qué nombre! —Y dirigiéndose a mí, agregó—: no me hablaste de ninguna "Vannia" anoche.

Ese era claramente el tiburón y yo no supe defenderme, pero Vannia lo hizo solita.

—Es que me llama Vann, guapa, a ver si te espabilas.

—Qué nombres, se nota que no sos de acá. Yo a él lo llamo "Doble-V".

Después se acercó a mí, me sacó una pelusa o algo que se suponía que tenía en la remera y, con un tono dulzón, remató:

—La pasé muy bien con vos anoche, Doble-V: que se repita.

Se sacudió un mechón de pelo de la cara, me guiñó el ojo y se fue.

Vannia se puso de pie como si la hubiera pinchado uno de sus colmillos.

—¡¿Pero quién es esta tía?! ¿Qué cosas dice?

—Es Lupe...

—¡Ya sé, hombre, eso ya me lo has dicho! Ahora, dime: ¿debería saber algo más?

Empujó el mate contra mi pecho (casi me clava la bombilla) y salió volando a los trancos.

—¿Adónde vas?

—A buscar mis cosas. Regreso al hotel, de donde nunca debería haberme ido.

—Pero Vann —la perseguí—. ¡Lupe es una chica que va a bailar a Apocalipsis! ¡No pasa nada!

—¡Vann, Vann...! ¡Vann murió, por si no te enteras!

Odié a Lupe y me odié a mí mismo por estúpido. Llegamos a la casa casi corriendo. Ella fue directo a su habitación, yo la seguía más atrás. No había forma de convencerla. Yo que sí; ella que no; que quedate, que me voy... hasta que escuchamos el grito.

Salió del cuarto de Josefina. Fue un grito vibrante, frío, y después hubo otro más grave seguido de un estertor, como un ahogo. La puerta estaba entreabierta. Vannia y yo la franqueamos al mismo tiempo. La escena que vi entonces me conmovió de tal forma que todavía no entiendo lo que sentí. Congoja y terror, no sé. Las mellizas, abrazadas, llorisqueando y musitando palabras locas, señalaban a los gatitos, que rascaban frenéticamente su cabeza contra los tablones del piso. Lo frotaban, lo arañaban, lo lamían. Estaban bañados en sangre.

—¡¿Qué les pasó?!

Las mellizas hacían que "no" con la cabeza mientras lloraban y se abrazaban. Vannia fue a consolarlas y yo... mientras durmiera allí, yo era el hombre de la casa, así que se suponía que tenía que hacer algo. Me acerqué. Sí, Roberto y Escrúpulos tenían el pelito lleno de sangre, especialmente las partes que se frotaban contra el suelo. Pero no lloraban ni se lamían su propia piel, como se supone que haría un gato lastimado. Lamían la sangre del piso, que era un charco bastante grande. Más o menos redondeado, como todos los charcos, y de repente vi otra forma más, que fue la que revolvió mis propios glóbulos rojos y me aceleró el corazón. Era un número que parecía haber sido escrito con la yema de un dedo ensangrentado, rodeado por arañazos. El número 4.

—¿Y Manteca? —pregunté, no sé por qué. Me acordé de ella de repente.

Las chicas dejaron momentáneamente de llorar.

—¡No sé!

—¡No sé!

—Hace mucho que no la vemos...

—¡Sí, hace mucho que no la vemos!

Y siguieron llorando, más fuerte que antes. Por primera vez se habían puesto de acuerdo.

Delia las acompañó a la heladería para que se quedaran con Rubén y llevó a los gatitos a la veterinaria para ver si estaban heridos, mientras Vannia y yo empezamos la búsqueda de Manteca. Pero llamar a un gato no es como llamar a un perro, que siempre responde y te llena de lengüetazos. A

Manteca no pudimos encontrarla por ningún lado. Ni en el patio, ni en la piecita del fondo. Salimos a la calle, preguntamos a los vecinos, nos fijamos en las copas de los árboles, incluso en la heladería. Entonces Vannia dijo en voz alta lo que yo estaba pensando: que a Manteca la habían raptado. Que la habían robado a la fuerza, porque su instinto maternal nunca le hubiera permitido dejar solos a sus gatitos con dos semanas de vida. Y que la sangre, seguramente, era de ella.

Nos miramos.

Pedro.

Pedro monstruo.

Pedro estaba jugando con nosotros. Ganaba esta primera jugada, pero ahora era nuestro turno, y teníamos una pista: el número cuatro.

Le pedí a Vannia que por favor se quedara, que aunque estuviera enojada conmigo no fuera al hotel, por lo menos por esa noche.

—Tenemos que estar unidos —le dije—. Pedro es cada vez más peligroso y está cerca. Nos lleva ventaja, Vanni, ahora tiene el libro y no sabemos de lo que es capaz. No puedo dejarte sola.

Tomé una de sus manos. Estaba temblando.

—¿Sabés qué? —murmuré mientras le agarraba también la otra.

—¿Qué?

—Te necesito.

11 | Las bestias ciegas de Chiang Mai

El nuevo día nació martes. Un helado martes de verano, porque a pesar de todo, el corazón de Vannia seguía cerrado con tres candados. No daba lugar para chistes ni complicidades, ni siquiera para que le preparara el café. Terca, la chica. Rencorosa. Pero rencorosa de qué, me preguntaba yo, porque yo no había hecho nada. Por suerte teníamos un objetivo en común: encontrar a Pedro, y ahora también a Manteca.

Esa mañana, las mellizas hicieron carteles con la foto de Manteca, la frase: "Gatita perdida, posiblemente lastimada" y el número de celular de Delia. Nos dividimos las zonas para pegarlos por la ciudad. Vannia y yo salimos al mediodía con los carteles y las chinches, pero lo que en realidad más queríamos era dar con Pedro. Todavía no sabíamos bien para qué, porque la droga de Lugh lo había convertido en otro, pero también era él, y seguramente sufría. (No conocí nunca un monstruo feliz, a no ser que fuera un monstruo loco.)

Insistimos en aquellos pocos hoteles que el día anterior no nos habían dado la información de sus huéspedes y confirmamos que Pedro Gómez no se hospedaba en ningún hotel de la Ciudad Vieja de Colonia.

Decidimos buscarlo entonces en los museos, porque ellos también tienen un libro de visitas donde registran a los visitantes. Había varios: el Municipal, el Portugués, el del Azulejo, el Arqueológico y cinco o seis más que ahora no me acuerdo pero estaban.

—¿Sabías que existe el Museo de la Caca? —le pregunté a Vannia para sorprenderla.

—¡No! ¿En serio? ¿Aquí?

(La sorprendí).

—No, acá no. Creo que está en Japón o en Camboya, y te muestran la caca de un montón de animales diferentes. Es que las deposiciones orgánicas contienen muchísima información acerca de las costumbres alimentarias y el comportamiento de sus defecadores.

Vannia se rio por primera vez en el día, y nos relajamos bastante. Sí, creo que fue por eso que después pudimos divertirnos con los pájaros.

El Museo de Historia Natural era súper moderno, tenía una pantalla táctil que ocupaba toda una pared con imágenes de pájaros autóctonos. Vos apretabas una y tenías que adivinar el nombre y el tipo de canto que tenía (que se escuchaba con unos auriculares). Descubrimos aves estrambóticas como el "pájaro jirafa", que tiene un cuello larguísimo y puede pasarse horas mirando el sol hasta que el sol se va, y entonces empieza a mugir como una vaca. O el "cuervo cabeza roja", que tiene una cabeza pelada que parece que estuviera en carne viva, y con las alas abiertas mide dos metros o más.

También visitamos otros. El Museo Municipal no, porque estaba cerrado ("Muestra en preparación", decía), pero fuimos a otros de la zona. Si no nos dejaban ver el libro de visitas, hacíamos así: nos registrábamos, pasábamos, dábamos una vuelta, y en un momento equis Vannia llamaba al empleado de la puerta con una excusa cualquiera (que se quedó encerrada en el baño, que alguien robó un objeto de una vitrina... cosas así) y yo, mientras tanto, fotografiaba con mi celular los nombres registrados en el libro.

Así pasamos dos o tres días. Pegando los carteles, visitando museos, comiendo helado y sin noticias de Pedro ni de Manteca. Volvimos a hacernos chistes y a jugar, como jugábamos siempre. Hasta que abrió el Museo Municipal con la famosa "muestra en preparación", ya preparada.

El Museo Municipal es un museo ecléctico, es decir que tiene un poco de todo. Rompecabezas indígenas (rompecabezas de verdad: piedras para romper cráneos), ropa, salivaderas, monedas antiguas y un gliptodonte y un tigre diente de sable, de esos que se extinguieron en el cenozoico. Hasta pinturas originales de Joaquín Torres García. Todo eso lo vimos antes de llegar a la habitación con un guardia en la puerta y un cartel que decía: "Bestias ciegas de Chiang Mai".

—Si son personas impresionables les sugerimos no entrar —nos advirtió.

Vannia exhaló una sonrisa y me preguntó con un sutil tono burlón:

—¿Somos impresionables, Wash?

—Yo creo que vamos a poder mirar las bestias sin desmayarnos —le contesté.

El guardia nos sonrió y nos invitó a pasar con un ademán suntuoso.

La habitación estaba en penumbras y las luces, puntuales, iluminaban mínimas fracciones de las cosas. Una cola, una uña, media oreja. Y más acá, sobre las paredes, fotos. De lo mismo. De partes. Costaba entender qué eran, pero una ligera inquietud empezó a cubrirnos por dentro.

Nos detuvimos en las fotos, primero.

—Como escribió el maestro Pàscal —nos sorprendió una voz de repente—. Acá lo importante es lo que pasa fuera del campo visual, chicos. Los desencuadres y fueras de campo son perversión, porque muestran sin mostrar. Se focalizan sobre las zonas muertas.

Vannia y yo miramos a la dueña de la voz. Tendría unos treinta años y una identificación en el pecho que decía "curadora", con su nombre. Siguió hablando ensimismada, como si estuviera dando una clase de facultad.

—¿Ven esta sombra? —nos preguntó, señalando una de las fotos en la que se veía una sombra ondulante en primer plano—. La escena sigue más allá de los bordes. La imagen te mantiene adentro y te empuja afuera, al mismo tiempo. ¿No es fascinante?

Dijimos que sí, que por supuesto. Lo que no le contamos era que a nosotros, lo que nos impactaba era otra cosa... y

era que a esa sombra le veíamos cara conocida. Creo que Vannia y yo éramos los únicos que empezábamos a sospechar lo que realmente había del otro lado de la escena.

Nos despedimos y avanzamos unos metros más hacia el interior de la sala. Las luces se encendían y se apagaban solas, alternadamente, dejando ver una parte u otra. Una cola, una uña, media oreja. Una pata, una garra, una panza. Otra cola. Dos orejas. El espectador imaginaba el resto.

De repente, toda la habitación se hizo blanca. Un estruendo y mucha luz, como un flashazo, el tiempo mínimo y suficiente para ver a los cuatro gatos enteros, parados en sus cuatro patas con la cabeza erguida, congelados en su último grito. Sin ojos pero mirando. Eran tan profundas las cuencas. Una mirada negra; era lo único oscuro en ese instante de luz.

Cuando el flashazo se apagó, la oscuridad se hizo más honda y nosotros nos quedamos sin reacción. Yo quería seguir viendo y no ver al mismo tiempo, como cuando me tapaba un ojo en las películas de terror. La ronda de luces intermitentes empezó a girar otra vez: una cola, una uña, media oreja. Una pata, una garra y también se iluminaban alternadamente los letreros, uno debajo de cada gato, cada uno con un número diferente. 1, 2, 3 en letra de molde. El número 1 era gris, el 2 era rayado y el número 3, pardo.

Hasta que volvió a encenderse el flash, con otro estrépito, y Vannia y yo, que por instinto de preservación nos habíamos tomado del brazo, vimos al cuarto gato. No entiendo

cómo no lo habíamos visto antes, porque estaba tan cerca de nosotros que sus pelos hubieran podido rozarnos, si nos movíamos. Estaba tan duro como los otros, con sus ojos vacíos y la boca abierta en el grito más desgarrador que haya imaginado jamás. Como si en ese acto le hubieran arrancado el alma. Tenía un cartel con el número cuatro y su piel era, sin duda, del color de la manteca.

12 | Peter Lugh

Vannia y yo salimos del Museo Municipal tomados por la conmoción y el espanto. No podíamos estar un minuto más en esa muestra infernal, pero tampoco podíamos alejarnos demasiado. Nos quedamos en la entrada, desorientados, amedrentados, debilitados. El fantasma de Pedro se corporizó en nuestro silencio. Los dos pensábamos en él, pero no éramos capaces de darle sustancia con palabras. Sospechábamos que Pedro se estaba divirtiendo a costa nuestra porque seguramente sabía, o por lo menos apostaba a que Vannia y yo, tarde o temprano, visitaríamos las "Bestias ciegas de Chiang Mai" con nuestra gata Manteca, muerta, incluida. Que era una demostración de fuerzas, un juego siniestro que estábamos obligados a jugar y seguíamos perdiendo por goleada.

Todavía no nos habíamos ido de la puerta de entrada del museo cuando salió la curadora. No llevaba abrigo ni cartera, sino un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—Una muestra verdaderamente impactante, ¿no es cierto? —nos preguntó mientras encendía uno.

Parecía tan orgullosa. Su pregunta no dejaba lugar sino a un halago.

—Impactante —asentimos. No necesitamos preguntarle más, porque ella empezó a contarnos solita.

—Es una extraña comunidad de felinos de Tailandia —nos dijo, exhalando el humo hacia arriba—. Nacen sin ojos, pero se manejan como si pudieran ver. Incluso parece que ven mejor que cualquiera.

—¡Qué increíble! —dije en tono de sorpresa. Y maliciosamente, agregué—: ¿Y recién ahora los descubrieron?

Pero la mujer parecía tener una respuesta para todo.

—Nunca nadie se había atrevido a acercárseles hasta ahora, que llegó el biólogo Peter Lugh y cambió la historia para siempre —Y, pensativa, agregó—: Lo que todavía no puedo creer es que haya elegido nuestro museo para presentarlo.

—¿Peter Lugh?

—Sí, Lugh, con "h" final. ¿Por qué? ¿Lo conocen?

A Vannia le agarró un ataque de risa. Se descostillaba de una forma en la que nunca la había escuchado. Parecía que lloraba y en un momento hasta pensé que le agarraba un ataque de epilepsia. Ya sabíamos que el artífice de todo era Pedro, pero que se rebautizara "Peter Lugh"... y que inventara toda esa historia... aunque... si su intención era asustarnos, sin duda lo había logrado, porque Vannia en realidad reía de nervios.

—Siempre le dan estos ataques, pobre —me disculpé con la curadora mientras abrazaba a Vannia por el hombro—. No le haga caso y siga contando, por favor, que nos interesa mucho: bestias felinas de Tailandia que nacen sin ojos pero sin embargo ven... sin duda va a atraer mucho turismo.

—Y eso no es nada —volvió a entusiasmarse la curadora—. Nos prometió tres ejemplares más. Van a ser siete en total. Los nuevos serán dos chiquitos y uno grande. Y les doy gratis una primicia: el grande no es un felino.

Con estas palabras Vannia dejó de reír y yo la abracé más fuerte para contenerla. Durante ese nuevo silencio, miré el nombre que decía en la tarjeta de identificación de la mujer. Se llamaba María Emilia.

—Dígame, María Emilia... —le pregunté—: ¿Por casualidad usted sabe en qué hotel se hospeda este hombre? Es que... somos periodistas y nos gustaría hacerle un reportaje.

Encantada de haber producido en nosotros semejante interés, nos dio la información que habíamos buscado tanto: Pedro se hospedaba en las habitaciones que alquila la quesería de la Calle de los Suspiros.

Y, divertida, mientras apagaba la colilla con el zapato de charol, remató:

—Es que en los hoteles de Colonia no se puede entrar con mascotas.

Se despidió y volvió a entrar al museo.

A Vannia no la solté. Caminamos así, medio abrazados, y nos sentamos en un banco de la plaza que había frente al museo. En Colonia está lleno de plazas y plazoletas. Hacía calor y el cielo se iba haciendo nube de a poco, pero no nos importó.

—Pobre Manteca —gimió Vannia con la mirada perdida en un cascarudo que pasaba—. Con qué cara de susto la embalsamaron.

Un temblor helado recorrió mi cuerpo de repente. Vannia tenía razón: las fauces abiertas de los gatos no eran agresivas y desafiantes, sino gritos de dolor, y las cuencas de los ojos imploraban piedad. El verdadero desencuadre de las formas: lo siniestro no eran ellos, sino lo que ellos miraban. Pedro.

—Pobre Manteca —repetí, imaginando la oscura escena final.

—Y pobres los otros, también, Washi. Son los mismos gatos que estaban en el departamento. Solo que aquí en el museo llevaban letreros con números.

—Manteca era el cuatro, me fijé.

—Sí, yo también lo he notado. Como en la casa de Delia, ¿recuerdas?

¿Cómo no recordarlo? Desde entonces tenía pesadillas con ese maldito cuatro dibujado con sangre. Necesité exorcizarlo con palabras.

—Creo que ese número habla de muerte, Vannia. La muerte número cuatro. El cuarto gato que Pedro mata. Por eso todavía quedan otros tres.

Acerqué mis manos a las suyas. Ella las tomó con fuerza, cerró los ojos y recitó lo que estaba escrito en el libro de Lugh, como un mantra:

—"Quien beba esta solución se verá forzado a provocar siete muertes para empezar a vivir su verdadera vida. Y esa vida será tan larga como la sucesión de las siete vidas que robó."

Después abrió los ojos.

—Wash... —me dijo—, esa vida larga... la de Pedro... ¿crees que podrá ser una vida feliz?

Solté una de mis manos y le levanté el pelo de fuego desde la nuca. La atraje hacia mí y rodeé con mi brazo su espalda. Sus mechones ondeados, cobres y furiosos, ocultaron mi abrazo.

—No —le dije al oído—, no creo que esa vida pueda ser una vida feliz.

Después, pasando mi cara frente a la suya, llevé mis labios a su otro oído. Solté mi otra mano y con ella le despejé un mechón que le cubría la oreja para susurrarle otra cosa:

—La mía, en cambio, sí es una vida feliz —Y más suave aún, como si fuera mi corazón el que hablara, agregué—: si la vivo con vos.

Vannia me abrazó también. No la veía, pero supuse que había cerrado los ojos, porque lo que había que ver, esta vez, se veía por la piel.

Después de sentirnos un rato, me alejé lo mínimo y le dije:

—Tenemos que ayudarlo, Vannia. Ayudarlo a él y ayudarnos a nosotros, porque acordate que la muerte número siete es la de alguien...

Vannia salió completamente del abrazo y, diciendo "shhh", apoyó su índice en mi boca. Yo besé su dedo, un beso sutil como un aleteo de mariposa. Creo que se sonrojó y las nubes, atardeciendo, tomaban el color de sus mejillas.

—Vamos a ayudarlo, sí —acordó ella—. Pero ahora tenemos que evitar que siga matando gatos. Dijo que los dos siguientes serían chiquitos.

—Dos gatos chiquitos, sí, pero ¿dónde los vamos a encontrar?

Nos miramos con espanto. Saltamos del banco y empezamos a caminar rápido, muy rápido, hacia la casa de Delia, cuando a mí de repente se me vino a la cabeza un rap chileno que dice:

El tiempo es el tesoro más preciado que tenemos, hermano.
Pierde el tiempo ganándolo, no lo pierdas perdiéndolo.
Es ese preciso instante en que decides...

Ese era el preciso instante de no perder tiempo perdiéndolo sino ganándolo... por eso sentí el imperioso e impostergable deseo de ir a buscar a Pedro a la quesería.

Le dije a Vannia que ella fuera, que yo enseguida la alcanzaba, a lo de Delia. Di un giro veloz y me perdí a la vuelta de la esquina, sin que Vannia pudiera, cuanto menos, pronunciar la palabra "Wash".

13 | Los túneles

Ahora que lo pienso, los gatos sin ojos y lo que te voy a contar ahora parecen cuentos de Poe, pero esto fue de verdad.

Entré al local fingiendo interés por el queso roquefort. Pedí el precio mientras miraba a mi alrededor buscando alguna puerta que pudiera ser de una habitación en alquiler, según me había dicho María Emilia. Como no las vi pregunté por ellas, y el vendedor me dijo que se accedía desde la bodega (porque en la quesería, además de quesos, vendían salames y vinos) pero que no había ninguna disponible, me recalcó, por si estaba interesado en hospedarme. Es que en total había dos; una ya estaba alquilada, me dijo, y la otra permanecía clausurada por la humedad. "Las paredes y los techos están llenos de salitre, porque cuando llueve, el agua corre por el centro de la calle, que es justo arriba de las habitaciones, y como todo es tan viejo, se filtra", me explicó.

A cambio, me ofreció participar de la visita guiada por la bodega que estaba por empezar, con cata de vino y todo. A mí el mundo del vino no me intriga para nada, la verdad es que prefiero los tragos inventados por mí, pero no podía dejar pasar semejante oportunidad.

El grupo se nucleó junto a una arcada y, cuando estuvimos todos, bajamos por una escalera empinada. Las paredes eran

de piedra, iluminadas desde los zócalos con una luz que no alcanzaba a imprimir suficiente claridad. Cada tanto, como para crear clima, había pequeñas antorchas encendidas cuya cálida luz contrastaba con las otras, tan modernas. Más abajo, polvorientas botellas dormían en fila sobre estantes de madera, formando una trama casi infinita que terminaba allá lejos, donde se apilaban los toneles.

Yo buscaba las puertas. Si eran habitaciones en alquiler, pensé, no podrían estar muy lejos. Al fin las vi: detrás de las botellas, hechas con listones de madera y herrajes de hierro negro.

Cuando el grupo se amuchó junto a un tonel para escuchar la explicación de la guía, probé suerte con la primera, pero no abrió. Me reí de mi candidez: si era una habitación ocupada —encima por Pedro— cómo iba a estar abierta. Sin embargo probé con la otra y sí, para mi sorpresa se abrió fácil. Eché un vistazo alrededor para cerciorarme de que nadie me veía, robé una antorcha de la pared más cercana y entré.

Adentro, la oscuridad era absoluta. Por suerte había llevado la antorcha, pensé, porque mi celular no tenía buena linterna. Noté que, a pesar de que había poco flujo de aire, la llama flameaba y el círculo de luz que imprimía mi antorcha cambiaba de forma y moldeaba sombras diferentes que —para ser sincero— me amedrentaban bastante.

Parecía una habitación tallada en las entrañas mismas de la tierra. Los techos sudaban gotas que caían sobre los muebles: a pesar de la penumbra adiviné una cama, un armario

y un televisor cubiertos con un plástico grueso. Todos ellos fantasmas, o más bien cadáveres de los que mueren en la vía pública y tapan antes de mandarlos para la morgue.

Mi corazón latía a mil, pero el orgullo no me permitía regresar. Tenía que encontrar a Pedro, o por lo menos sacarle el libro o encontrar alguna respuesta. Ir a cuidar a Roberto y Escrúpulos estaba bien, era necesario, pero era una acción defensiva, y yo necesitaba dar un golpe maestro de contraataque.

El espacio era irregular. Las paredes tenían curvas y recodos, yo no veía dónde terminaban y no podía dimensionarlo. Con mi antorcha alzada, elegí uno de los brazos de la extraña sala, uno cualquiera, que resultó ser mucho más largo de lo que había imaginado. Ya no había muebles-fantasma, por suerte, pero sí rocas cada vez más amorfas, como si la habitación se transformara poco a poco en una cueva prehistórica. ¿Allí habían arrastrado sus cadenas los esclavos? No quise mirar muy en detalle por temor a encontrar grilletes, un instrumento de tortura o peor: calaveras, huesos o un esqueleto entero.

Lo que no pude evitar fue ver cómo, a la luz de mi llama, las formas en las rocas se convertían en monstruosas figuras que me miraban amenazantes. Me estaba sugestionando demasiado, creo, y apuré el paso antes de seguir cebándome. Entonces oí el maullido.

Era un lamento agudo, de esos llantos que parecen de bebé. Un lamento cada vez más penetrante. Agónico. Monótono, sufriente.

Nervioso, con la llama de la antorcha busqué alguna abertura en la piedra. Tenía que salvar a ese gatito, si es que era un gato el que lloraba. Tenía que encontrar a Pedro, si era él quien hostigaba al gato, mientras estuviera a tiempo. Y sacarle urgente el libro de Lugh, porque ese libro, sin dudas, le daba fuerzas para matar.

Los siniestros maullidos seguían lastimándome, pero no encontraba la manera de atravesar ese muro y llegar hasta el minino. No pensé qué haría si también me encontraba con Pedro cara a cara, y menos aún qué podría llegar a hacer Pedro conmigo, pero tenía que avanzar: de alguna manera me sentía culpable de que se hubiera hecho monstruo, porque se había tomado el brebaje por un descuido mío y de nadie más.

Unos metros después pisé un charco. Impulsivamente me arrodillé, me incliné y apagué la antorcha en él. Por un momento, en esa nueva oscuridad me sentí más seguro, pero qué equivocado estaba. ¡Había hecho lo mismo que Vannia en el ascensor! ¿Era estúpido o qué? ¿Acaso no me acordaba que Pedro tenía ojos de gato y que los gatos ven más?

Seguí avanzando a tientas hacia el maullido. Por lo menos, apagar mi sentido de la vista encendió otros, y no solo escuchaba el llanto cada vez más claro sino que empecé a oler a acetona. Reconocí el olor porque lo manipulé varias veces en la facultad, aparte porque es el mismo que sentía de chico cuando mi mamá se despintaba las uñas. Cada vez lo olía más cerca. Supuse que pronto llegaría a alguna entrada, hasta que la encontré.

Asomé la punta de la nariz, la puerta estaba entreabierta. En ese lugar había más luz, por suerte. Vi un pasillo con una larga estantería casi vacía. Me pareció que los maullidos salían del fondo de ese pasillo, pero aún no veía al gatito.

Al olor a acetona se le sumó el del azufre (un olor ácido y repugnante) y además de asco me entró un miedo espantoso, porque había estudiado en Historia de la Química I, que el azufre es el elemento que, según dicen, se quema en el Infierno... y bueno... había que admitir que los túneles eran bajo tierra.

Me di cuenta de que era imperioso calmarme, porque si yo oía los maullidos, tan lejanos, Pedro podría oír los latidos de mi corazón, que retumbaba a lo loco.

Respiré hondo y retomé la marcha con sigilo, pisando con cuidado para no resbalarme, porque además el suelo estaba pringoso.

A mi paso veía frascos, restos de comida y herramientas de cirujano en las estanterías.

El pasillo terminaba ciego, pero en una de las paredes laterales había una abertura por donde salía una luz azul, viva que, como antes mi antorcha, formaba sombras oscilantes en las rocas. De ese nuevo recinto era de donde salían los maullidos y el olor a azufre. No quise entrar. Lo que deseaba era salir corriendo, vomitar o que me tragara la tierra y me escupiera en Hawaii. Pero ya estaba allí, ahora no tenía más remedio que acercarme. Me asomé. Era un espacio abovedado, más chico, de unos tres por tres: había

huellas de sangre en el suelo y por fin lo vi: ahí estaba Pedro, de espaldas a mí y de pie junto a una mesa, con una jeringa en la mano. Estaba rodeado de pequeños recipientes con llamas azules: estaba quemando azufre. Sentí cómo se me irritaban los ojos y se me secaban los labios. Con los ojos entrecerrados miré hacia los costados y sobre un estante, bastante cerca, vi el libro de Lugh. Lo reconocí enseguida. Grande, negro, de tapa dura y lomo redondeado. Con extremo cuidado de no provocar el más mínimo sonido, me estiré y lo agarré. Ya era mío cuando oí el grito, pavoroso y desgarrador. No era que me habían visto, no, era que justo Pedro le clavaba la jeringa al gatito.

Perdí todo miramiento. Salí disparado después de pegar un grito yo también, fue algo instintivo. Pedro me escuchó, me miró y me vio con el libro, por supuesto. Corrí y me corrió. Corrimos. Yo sabía que si acababa de matar, por un tiempo tendría su "asesino interno" adormecido, pero igual me perseguía. ¿Para qué? Preferí no saberlo, por las dudas. Me lancé de nuevo hacia el pasillo por el que había entrado, con la luz azul a mis espaldas y la sombra de la cabeza de Pedro pisándome los pies. No pensaba nada, tenía la adrenalina al máximo. Mientras corría iba tirando lo que podía de los estantes, para crearle obstáculos y darme un poco de ventaja. Apenas vi otro acceso me metí en él, creo que era uno nuevo. Seguí corriendo —volando, más bien— casi a oscuras ahora, siempre con el libro, y no sé si fue porque fui tan veloz, o por qué, pero enseguida encontré una escalera

ascendente y una puerta. Estaba cerrada, pero milagrosamente su llave estaba colgada de un clavo de la pared. La abrí; ya estaba afuera. Pero no a salvo, todavía; porque Pedro también salió detrás de mí.

Estábamos en el extremo opuesto a la quesería, porque habíamos salido por una puerta oculta que daba a la costanera. Era de noche. De un salto crucé la barrera del tren viejo y unos restos de hormigón caídos, con hierros retorcidos que parecían brazos queriendo tocarme. Volaba, de verdad. Seguí picando de roca en roca y, ya más cerca de la orilla, tomé envión en un muelle y salté no sé cuántos metros hasta otra explanada. Si ves a la gente que practica *parkour* en algún video de internet, te vas a dar cuenta de lo que hablo. De por qué me salvó haber practicado, porque Pedro tenía la agilidad de un gato pero yo también. Todavía la tengo, hay que decirlo. Aunque admito que Pedro, sin duda, me hubiera alcanzado antes de llegar a la casa de Delia de no haber sido por la lluvia. Creo que te conté que el cielo ya venía encapotado, y por suerte se largó. Los gatos detestan el agua, por eso Pedro dejó de perseguirme y yo pude llegar a lo de Delia mojado pero sano y salvo, apretando el libro contra mi pecho como si fuese un talismán.

Cuando llegué, me enteré de que Delia me había dejado como mil mensajes.

—Mañana me voy con las nenas a Montevideo —me dijo entonces.

Se veía muy alterada, ni siquiera me ofreció un toallón para secarme.

Le pregunté por qué, qué pasaba. Sin mediar palabra me hizo seguirla hasta la heladería. En un claro que hacían las mesas, sobre el piso de cerámicos blancos, se dibujaba con sangre un número cinco.

Levanté la vista. Francisca llevaba a Escrúpulos a upa, pero Josefina tenía las manos vacías... y Vannia estaba roja de furia. No iba a ser fácil calmarla.

14 | Tinta invisible

Al día siguiente, Delia se despertó temprano a hacer los bolsos; quería irse cuanto antes. Llevaría a las mellizas a Montevideo con la excusa de ver a los tíos —mi papá y mi mamá— y a otros miembros de la parentela.

Yo había tenido pesadillas con Pedro, Lugh y una tromba de zombis agresivos, por lo que dormí menos que de costumbre, y tempranísimo (a eso de las once menos cuarto) entré en la habitación de mi tía. Al verme, Delia se dejó caer sobre la cama.

—¿Qué está pasando, Wash? —gimió, llevándose una mano a la frente.

Me preguntó si yo tenía idea de qué bestia salvaje, qué mente perversa, retorcida y cruel podía haberse ensañado así con los gatitos, y qué maldito mensaje quería dar el tipo o la tipa dibujando esos números siniestros.

Después cambió el gesto de víctima a acusadora y me preguntó si yo andaba en algo raro.

—La gente de la noche está pirucha, Wash, debe ser alguno de tus conocidos de ahí.

Me preguntó si estaba metido en el negocio de la droga o del alcohol o de alguna otra sustancia tóxica. En términos estrictos no le mentí, porque yo en negocios no andaba. Lo que sí era verdad era que existía una sustancia tóxica que

había provocado todo el asunto, pero de eso no podía hablar, y menos cuando mi tía estaba a punto de viajar a ver a mis viejos. Si Delia les contaba que existía un brebaje que había hecho de Pedro un matagatos, que estaba asesinando ferozmente uno tras otro a los mininos de sus hijas y que la víctima número siete seguramente era Vannia, no lo creerían, pero eso sí: por las dudas mandarían a Vannia de patitas a un avión y a mí, de los rulos a mi habitación y me encerrarían con los apuntes de Análisis Matemático (la materia que me faltaba rendir), aunque estuviera de vacaciones y ya fuera mayor de edad.

—¿No querés que cerremos la heladería y nos vamos a Montevideo todos juntos? —me propuso Delia, que tenía los mismos genes.

Le dije que no, que se quedara tranquila, que yo iba a hacer la denuncia a la policía y que a esa mente perversa, retorcida y cruel la iban a poner a picar piedra con forma de corazoncitos.

Fui a la cocina a hacerme un café.

—¿Vannia todavía duerme? —le pregunté a Francisca.

Necesitaba hablar con Vannia urgente. Estaba tan enojada con mi desaparición (que encima justo había coincidido con la del minino Roberto) que la noche anterior ella se había encerrado en su habitación y no había respondido mis insistentes llamados a su puerta. Yo necesitaba contarle que había ido a los túneles, había visto a Pedro y que tenía el libro de Lugh, pero no hubo caso.

—Vannia salió —dijo Francisca.

Sentada en la mesa, reclinada hacia adelante, hacía nuevos cartelitos —esta vez pidiendo por Roberto— mientras Escrúpulos, el último gato vivo, dormitaba en su regazo. Se la notaba muy triste. No quise preguntar más.

Mientras la cafetera iba preparando el café, llevé el libro de Lugh a la mesa para estudiarlo. Me urgía encontrar pistas que me sirvieran para ayudar a Pedro... o la clave para destruirlo.

—Ojalá fuera una hormiga —largó Francisca, sin dejar de hacer el cartel—. Lo mataría con la lupa. Le tiraría un rayo mortífero y que se le chamusquen hasta las uñas.

Cuando el café tuvo olor a café y se escuchaba el ruidito, dejé el libro abierto sobre la mesa y fui a servirme uno con azúcar. Cuando volví con la taza, vi algo insólito: Escrúpulos lo lamía. Lamía las hojas en blanco que el libro tenía al final.

Enseguida me acordé que Vannia me había dicho que Pedro había hecho lo mismo. Me quedé helado. ¿Qué demonios tenían esas hojas? Me acerqué, pero no vi nada más que hojas en blanco. Probé de alejar al gato, pero volvía. Siempre volvía a lamerlo, cada vez con más saña. Estaba como loco.

Entonces entró Josefina a poner agua para el mate, porque ya se iban.

—Debe tener tinta de leche —dijo al pasar.

Después le preguntó a su hermana para qué el cartel, si el de Manteca no había servido para nada y que este tampoco iba a servir, y aparte que se apurara le dijo, porque ya se

iban. Francisca dijo que no largaba el cartel ni loca, que iba a sacar el doble de fotocopias que con Manteca. Que ya había perdido un gato y no quería perder dos. Que se fueran sin ella, si querían, pero que ella no se movía ni hasta la esquina (bah, hasta la esquina sí, para poner el cartel). La conversación se calentaba como el agua y en el punto máximo de hervor llegó Delia, retó a las dos y llevó a Francisca a hacer su bolso urgentísimo.

Josefina y yo nos quedamos solos en la cocina.

—¿Tinta de leche...? —le pregunté.

Ella, como respuesta, sacó la pava del fuego y acercó el libro de Lugh.

—¡Pará, nena, vas a quemarlo! ¿Estás loca?

Josefina me miró con ojos simples y un brillo de autosuficiencia que me fascinó.

—Vos dejame, primo. Es tinta invisible, ¿no ves?

Entonces apareció Vannia, otra vez roja como un morrón y con mi celular en la mano. (¿Cómo llegó a tener mi celular?).

—Ahora entiendo qué hacías anoche —me sancionó, poniendo el celular a dos centímetros de mi cara para que viera la multitudinaria manifestación de emoticones que me había mandado Lupe justo a la hora en que yo entraba a los túneles.

Me odié por tener la costumbre de no leer los mensajes. Si hubiera visto ese, sin duda lo habría borrado y chau.

Iba a decirle, primero, que los celulares ajenos no se miran, que eso es invasión de privacidad y está penado por

ley (o eso creía) y segundo, que si Lupe me mandaba caritas era problema de Lupe, no mío. Iba a decirle todo eso pero no dije nada, porque pensé que empezaría un diálogo de sordos. La que de verdad me dejó sordo en ese momento fue Josefina:

—¡Miren! ¡¡¡Un mensaje secreto!!! ¡Acá hay algo escrito! ¡Vengan, miren! ¡¡¡No lo puedo creeeeeeer!!!

—¡¡¡El libro de mi padre!!! —gritó Vannia—. ¿Cómo es que el libro está aquí?

—Después te explico —la calmé, guiñándole un ojo—. Ahora veamos lo que dice el mensaje. ¡Prima, sos una genia!

15 | El mensaje

A Delia no le importaba más que una cosa: largarse. Puso en marcha el Renault con el gato y los tres bolsos y empezó a tocar bocina.

Las chicas no la oían, se habían arrojado sobre el libro y se disputaban sus páginas. "¡Paren, lo van a romper!", me enojaba yo, tirándolas de las crenchas. Por suerte Delia vino a buscarlas, las metió en el auto, les ajustó el cinturón de seguridad y arrancaron.

Les prometí que a la vuelta les contaría lo que decía el mensaje, palabra por palabra —algo ya iba a inventar— y, a cambio, les pedí que me enseñaran a preparar esa tinta invisible hecha con leche.

Vannia y yo nos quedamos solos, por fin. No tenía muchas expectativas con ella, de todas formas, porque estaba enojada no solo por los emoticones que me había enviado Lupe, sino también porque había ido solo a buscar el libro.

—¿Por qué has ido a ver a Pedro a escondidas, sin mí? —me reprochaba—. ¿Qué te piensas, que en esta historia yo soy la princesita del cuento y tú el héroe, o qué...? ¡Y cuando te pregunto cómo llegó el libro hasta aquí me guiñas el ojo! ¡Qué pasada, tío! ¡Qué rollo! Al final tú eres tan idiota y machista como todos. Ostia.

Cómo se había enojado... Pero con lo de los túneles tenía razón. Yo había querido enfrentarlo de hombre a hombre; de hecho estaba muy orgulloso, porque a pesar de que Pedro tenía "poderes especiales", yo había salido victorioso, encima con un trofeo. Y qué trofeo.

Débilmente traté de disuadirla de los dos enojos con no sé qué tonterías baratas, hasta que le dije algo sincero. Le dije que yo creía que Lupe se había obsesionado conmigo por una cuestión narcisista: porque yo era el único tipo que no le daba cabida y que para alguien como ella, eso era algo que no se podía soportar. Que incluso yo sospechaba que la chica no iba a parar hasta sacarme un beso, pero que podía esperar sentada. "Vos sabés con quién estoy yo, Vannia", le dije. "Desde que te vi, ocupaste mi cuerpo entero".

Entonces se me vino a la cabeza un bolero que le encanta a mi viejo, creo que es de Manzanero. A mi mamá le gusta más la versión de Luis Miguel y a mí —si hay que elegir— la de Calamaro. Es una canción más pegote que la leche condensada, por eso será que, aunque no me guste, se me pegó, la maldita. Dice así:

Contigo aprendí
a ver la luz del otro lado de la luna.
Contigo aprendí
que tu presencia no la cambio por ninguna.
Aprendí
que puede un beso ser más dulce y más profundo,
que puedo irme mañana mismo de este mundo.

Las cosas buenas, ya contigo las viví...
y contigo aprendí
que yo nací el día que te conocí.

Me la acordé pero no se la pensaba cantar, tampoco soy un tarado. La cuestión es que, con o sin canción, tuve que resignarme a su trato "a reglamento" compuesto por monosílabos, miradas de reojo y paremos de contar. Lo mínimo como para seguir descifrando juntos el libro.

Finalmente lo logramos. Era una fórmula, una lista de compuestos para preparar un líquido que, según decía, anularía por completo el efecto del trago que había tomado Pedro.

—Que yo sepa, mi padre nunca había hecho un antídoto para ninguno de sus brebajes —pensó Vannia en voz alta.

—Es que este era para vos —le respondí—. Se ve que tu padre quería que tuvieras la oportunidad de deshacerte de sus efectos.

Vannia se quedó mirando hacia la nada, pensando en todo. Con paciencia, dejé que sus pensamientos transcurrieran.

—¿Entonces por qué lo hizo con tinta transparente? —se preguntó después.

—Seguramente confiaba en que vos, si realmente lo buscabas, lo encontrarías.

Vannia tomó mis palabras como quien atrapa una pluma.

—Confiaba... —dijo— en que tal vez yo misma lamería el libro, como Pedro.

Y se encendió:

—Vamos, Wash, no hay tiempo que perder. Ya sabemos dónde se esconde: ahora preparemos el antídoto, que hay que dárselo cuanto antes.

Yo también me encendí, lleno de ganas. Los ingredientes eran muchos: la lista ocupaba tres páginas. Tuvimos que quemarnos las pestañas para entenderla, pero al fin la transcribimos completa. Algunos eran plantas medicinales como regaliz, vara de oro, ginkgo biloba o equinácea, pero había otras cosas más raras como polvo de diente de smilodon, la planta-piedra u ortiga molida con sales de estroncio.

Salimos a la calle con la lista. Primero fuimos a la dietética a comprar las hierbas más fáciles y después al Museo Municipal, porque nos acordamos que ahí había un smilodon para sacarle un poco de polvo a su colmillo. A punto de entrar vimos a María Emilia, la curadora, otra vez fumando en la puerta. Nos reconoció enseguida.

—¡Ah, los periodistas! ¡La risueña y el escéptico! ¿Encontraron a Peter Lugh?

Le dijimos que no, que cuando habíamos ido no estaba, pero que no se preocupara y que gracias.

—¡Seguro que estaba acá armando la muestra! —dijo ella—. Porque hoy llegó el nuevo ejemplar, ¿sabían? ¡Es tan tierno y tan pasmoso a la vez...! ¡Pasen a conocerlo! ¡Síganme, no se van a arrepentir!

De todas formas teníamos que pasar para rasparle el diente al colmillo del tigre, así que aceptamos la invitación.

En la entrada de la muestra habían puesto lucecitas nuevas. "Si son personas impresionables les sugerimos no entrar", repitió el mismo guardia del martes. Le sonreí en forma de no.

Primero las fotos, luego el interior. Una cola, una uña, media oreja. Una pata, una garra, una panza. Otra cola. Dos orejas. Cinco gatos. Duros, muertos, gritando. Mirando a Peter Lugh, su verdugo. Cinco gatos. El "tierno y pasmoso" —el quinto— era Roberto.

De repente, un refucilo dejó ver por un instante los gatos completos (sus bocas abiertas, sus ojos vacíos, sus garras, su sufrimiento) y sentí un temblor helado en mis huesos. Busqué a Vannia. ¿Dónde estaba? ¡Vannia! Volví a la entrada como una tromba y le pregunté al guardia si la había visto salir. "¿A quién?", me preguntó. "A la chica que entró conmigo". "Usted entró solo", me dijo.

¿Me habría vuelto loco?

Como loco, busqué a Vannia por el resto del museo. En la sala indígena, en la sala de la época portuguesa y en la de la colonia española. Busqué en la sala de Joaquín Torres García y finalmente en la de paleontología, donde estaban el smilodon y el gliptodonte. Entonces busqué impaciente a María Emilia, pero tampoco la vi. Sospeché que otra vez era Pedro el responsable, que seguía jugando con nosotros como juega el gato con el ratón antes de romperle el cuello y devorárselo.

16 | Uno

Después de preguntar por Vannia en cada rincón del museo, me resigné a buscarla donde imploraba que no estuviera: en los túneles.

Miré la hora. La quesería ya había cerrado, así que se me ocurrió entrar por la puerta oculta de la costanera. Pero como seguramente estaría cerrada, decidí ir antes a la casa de Delia a buscar una ganzúa que había visto en la piecita del fondo.

Ya llegando, noté que alguien rondaba la casa. Una figura estilizada. Caminaba sobre sus pasos de acá para allá, impaciente, como un animal enjaulado, aunque estaba en la calle. Me oculté atrás de un árbol para ver quién era. ¿Rubén? No, Rubén era mucho más corpulento. ¿Pedro? Odiaba tenerle miedo a Pedro, pero admito que con la sola idea de que fuera él, mi corazón se disparó a mil. ¿Qué haría cuando me enfrentara a él, sin el antídoto? ¿Podríamos hablar como los amigos que alguna vez habíamos sido? "Si un amigo te clava un cuchillo por la espalda, desconfía de su amistad", decían en mi barrio, por eso, por las dudas, me mantuve escondido atrás del árbol hasta que vi que se soltaba el pelo. Era Vannia. Ella tenía esa costumbre: se lo soltaba, se hacía un rodete, se lo soltaba, se hacía un rodete y así. Me sentí tonto y retonto por haberle tenido miedo.

—¡Vannia! ¿Qué hacés acá? ¿Por qué desapareciste, loca?

Ella se rio y me ofreció una bolsa de papel.

—¿No querías polvo de diente de smilodon para el antídoto?

Acepté la bolsa y la abrí con delicadeza. Tenía polvo, sí. Se había tomado revancha.

—La loca y vos ahora están a mano —me dijo. Y después, tendiéndome la mano para sellar el trato, agregó—: Tú has desaparecido; yo he desaparecido. ¿Amigos?

Se la estreché, qué iba a hacer. Después abrí la puerta y entramos a la casa. Pero en la cocina, mientras preparaba el mate, la reté. Le dije que era un momento sensible o más que sensible: peligroso, y que no podíamos perder comunicación. Vannia me escuchaba con los codos apoyados en la mesa y el mentón en las palmas de las manos. Vi que sus labios se estiraban, apretados, disimulando otra sonrisa burlona. Después se hizo un rodete con el pelo, como si mis palabras fueran música de fondo. Disfrutaba su venganza, estoy seguro. Me molestó y por eso le pregunté, sin ahorrar palabras, si había visto a Roberto embalsamado, sin ojos, exhibido al lado de Manteca, también embalsamado y sin ojos, como si fueran dos bestias.

—No —me dijo—. No quise verlo. Por eso aproveché y fui a raspar el diente del smilodon.

Después, alzando los ojos, me dio una primicia: el diente ya había sido raspado.

—Entonces Pedro... —empecé.

—... quizás está buscando salvarse —completó.

—¿Te parece? ¿Creés que vino a Uruguay para buscar el libro con el antídoto?

—Puede que sí, puede que no.

—¿Y creés que podría prepararlo él mismo?

—El trago es muy fuerte, Wash. Un antídoto para ese trago no puede hacerlo cualquiera.

—¿Y si Pedro me persiguió para que lo hiciera yo?

— Puede que sí, puede que no.

Vannia lo quería a Pedro, estaba claro. Pedro la quería a ella. Pero ¿cuánto? ¿Para Pedro, Vannia era la persona más amada en el mundo? ¿Sería capaz de matarla?

—Pedro debe tener una tensión interna terrible, Wash. El bien y el mal luchando a muerte adentro suyo. A muerte o vida. Dejarse llevar por la pulsión de matar para vivir o buscar la única alternativa: el antídoto. Jolín con el tío, la debe de estar pasando muy mal. No sé si podrá solo. Debemos ayudarlo, Wash. ¡Debemos ayudarlo ahora mismo!

Vannia amagó levantarse, pero la contuve:

—¿Querés que lo ayudemos?

—¡Sí!

—¿Ahora mismo?

—Pues claro, hombre, qué va. Eso es lo que te digo.

—Entonces no paremos, Vann. No paremos de trabajar hasta lograr el antídoto.

Vannia largó algo parecido a un grito de alegría, se levantó de la silla y vino hacia mí. Yo la atajé y la alcé, la senté

en el borde de la mesa y me acerqué a tope. Vannia abrazó mi cuerpo entero: con sus brazos rodeó mi torso y con sus piernas, las mías, enganchándolas desde atrás. Sentí su pecho contra el mío. Corrí su pelo y le di un beso en la nuca. Qué suave era, qué tibia. Seguí por sus mejillas de espuma. Uno, dos, tres, cada vez más cerca de su boca, hasta que apoyé en ella mis labios y nos besamos. Cerré los ojos. No había más que mirar; éramos uno.

17 | Seis

Toda la noche trabajamos juntos en el antídoto.

Ordenamos rigurosamente los ingredientes y anotamos los que faltaban. Seguíamos la receta de Lugh al pie de la letra. Maceramos unos, hervimos otros, colamos, filtramos, destilamos. Vannia era muy prolija y meticulosa. Los años en el restaurante la habían hecho buena cocinera y en la sangre llevaba la obsesión por el detalle, así que el trabajo fluía.

En el juego del gato y el ratón, el gato estaba ganando, sí, pero el antídoto era nuestra carta en la manga. Era con lo único que podíamos impedir que Pedro tuviera una vida infame y, además, salvar los últimos dos pellejos.

A las siete y media de la mañana, cuando el sol ya había tomado la densidad del día y nuestros párpados pesaban como cascotes, decidimos tirarnos un rato en la cama. Nos faltaban un par de ingredientes accesibles; el único que pintaba difícil era el *lithops*, la planta-piedra africana.

En el Museo Arqueológico nos dijeron que ellos no sabían nada de ninguna planta-piedra, pero que, si era africana, había que preguntarle a Kibo, el último descendiente esclavo de Colonia del Sacramento. Era un coleccionista compulsivo que vivía en las ruinas del Convento de San Francisco. Que

tuviéramos cuidado, nos advirtieron, porque el tipo estaba loco... y podía ser peligroso.

El Convento de San Francisco, durante algunos años y hace muchos, había cumplido la función de hospicio. Había albergado a portugueses, españoles y sobre todo esclavos africanos que bajaban enfermos de los barcos (lo sé porque también lo leí en los museos). Los pobres diablos se quedaban ahí hasta que morían, porque eso es lo que pasaba casi siempre, al final. Por la "Maldición de la Monja", decían. Que nadie se salvaba. Que el pueblo entero estaba maldito, y era precisamente en ese convento donde la monja había conjurado la maldición.

Hacia allí fuimos.

Si mirás el viejo convento con ojos turistas, como hacen esos grupos de siempre (a los que lo único que les importa es sacarse una foto que nunca más mirarán) solo vas a ver altos muros de piedra vieja. Pero si lo observás buscando, como hicimos nosotros, la ves seguro. Una puerta de madera. Una sola, pequeña y entornada. Le di la mano a Vannia por lo de la maldición, el loco peligroso y todo eso, y no se la solté hasta que escuchamos el grito... pero eso fue mucho después.

A diferencia de los túneles, el Convento de San Francisco era un gran espacio único y rectangular. Un galpón inmenso, infinito. Oscuro. Vacío. El piso estaba forrado por listones de madera que crujían a nuestro paso, a punto de partirse. La única luz que había entraba por unas aberturas

horizontales apenas por debajo del techo, que dibujaban haces de luz en el aire polvoriento y frío. Caminábamos casi a ciegas, y el sonido de nuestros pasos se amplificaba con un eco perturbador. Pero había algo más inmaterial y todavía más perturbador que los ecos de nuestros pasos: los ecos de los enfermos. Los sordos lamentos de los fantasmas de aquellos muertos, los que habían llegado en los barcos, los que habían encontrado la muerte en el hospicio y ahora gritaban pidiendo misericordia. Era como si, con nuestro andar, esas almas en pena se despertaran para pedirnos algo. ¿Venganza? ¿El cielo? ¿La expiación de tanto sufrimiento?

Siempre de la mano, nos detuvimos un momento para escuchar. Creí que me estaba volviendo loco, pero cuando Vannia me miró con terror me di cuenta de que ella también escuchaba. Era un colchón de murmullos cada tanto cortado por lloriqueos. Creo que teníamos más miedo que cuando nos acercábamos a Pedro, porque este era terreno desconocido y no sabíamos con qué nos podíamos encontrar.

De repente algo me tironeó de la botamanga. Mi corazón dio un vuelco, la verdad es que creí que me desmayaba. Era uno de los espíritus enfermos que quería llevarme con él, pensé, que me pedía compañía, redención y encima iba a contagiarme su virus o su bacteria. Comparé estas almas en pena con los zombis del Comedor de las Tinieblas, tan muertos... apenas vivos. Pensé que esos zombis no querían llevarme con ellos porque no tenían voluntad, pero estos sí: parecían malos. Con todo el valor del mundo me volví

y miré hacia atrás, hacia el piso. Fui un estúpido: era un ratón. Eso sí: salió corriendo con un "iii", "iii", todavía más macabro que el de *Psicosis*. Corría para la esquina opuesta a la que estábamos, allá donde se veían cosas y algo grande, en el suelo, que se movía.

Por fin entendí por qué el Convento de San Francisco estaba vacío, y la razón era porque todo, absolutamente todo, lo tenía Kibo en ese rincón. Los muebles, las cosas, las partes de cosas y las partes de las partes de las cosas se aglomeraban allí: el reino de Kibo. Era como si Kibo mismo fuera un imán gigantesco que atrajera todo para sí y no dejara nada en el resto del espacio. Me di cuenta cuando estuvimos más cerca. Todo hacía equilibrio en una montaña de objetos: lámparas, cartas, percheros, bancos, macetas, zapatos, un colador, una plancha, jaboneras, pañales, flores artificiales y veinte mil cosas más, incluido mucho instrumental médico como gasas, frascos, tijeras, pastillas, escalpelos y jeringas. Y creo que si sacabas una cosa, se caía todo lo demás.

Él estaba acostado sobre un colchón más que viejo, envuelto con unas mantas. No se le venía todo encima de milagro. Nos dimos cuenta de que había alguien porque la manta se hinchaba y se hundía rítmicamente, al compás de una respiración sibilante.

—¿Señor Kibo? —le pregunté con delicadeza. En ese saludo me jugaba la planta-piedra. Nos jugábamos la vida.

—¿Quién, yo? —respondió él, asomando su nariz (una nariz monumental).

—Sí, usted.

—Así me llaman.

Yo no sabía qué más preguntarle para ganar su confianza; así que dije lo primero que se me ocurrió:

—¿Vive acá, señor?

—¿Quién, yo?

—Sí, usted.

—Así parece.

Lo único que se veía del tipo era su gorra raída, sus pequeños ojos enrojecidos y la nariz, que se movió cuando él, con tono molesto, completó la frase empezada:

—Si yo no viviera acá, ¿cómo se curarían todos ellos?

Echamos una mirada en derredor. El galpón, tan vacío como antes. Sin duda, Kibo estaba demente. Le seguimos la onda.

—Me imagino que estará muy ocupado con tanta gente... —dijo Vannia—. Pero nosotros también necesitamos curar a alguien y nos dijeron que usted tiene la medicina que necesitamos.

Kibo no pudo evitar mirar sus macetas y enseguida después a nosotros, como desorbitado, para hacernos su pregunta, una vez más:

—¿Quién, yo?

Así perdí la paciencia que me quedaba y dije, en tono burlón:

—No, yo.

—Y si usted la tiene, ¿para qué vino a pedírmela? —nos preguntó.

Con Vannia nos miramos. ¿Nos hablaba en serio o nos tomaba el pelo, ese tipo? Enseguida, Vannia supo cómo ganárselo.

—Pero la suya es más linda —le dijo—. ¿No tendrá alguna para regalarnos? A cambio, yo le doy esto. —Y Vannia sacó una caja muy grande, de madera, que había cargado todo el tiempo en su mochila.

Kibo miró la caja con curiosidad y se sentó en el colchón para recibirla. Nosotros nos arrodillamos frente a él para estar a la misma altura. Vannia se la ofreció y le pidió que la abriera. Kibo la abrió. Adentro de esa caja había otra caja.

—Puede abrir esa también —le dijo Vannia —. Todas son suyas.

Kibo abrió la segunda y encontró una tercera. Se lo veía maravillado, como un chico que recibe por primera vez un regalo. Dentro de la tercera caja había una cuarta, y así como quince veces, hasta llegar a una caja en la que entraba solamente un grano de arroz. El tipo lloró, aunque no me creas. Lo vi con mis propios ojos.

Yo me acerqué entonces a una de las macetas, la única que tenía piedras (unas piedras texturadas y rosas), y se la mostré, preguntándole si podíamos tomar una de ellas. El hombre dijo que "por supuesto" mientras seguía jugando con sus cajitas, entonces yo tomé una y me la metí en el bolsillo.

Para qué. El tipo volvió a meterse entero en la manta y empezó a contorsionarse en el suelo como una lombriz salada.

—¡Noooooooo! —gritaba—. ¡Los cerebros nooo! ¡Con los cerebros nooo! ¡Los cerebros son solo míooooos!

Con Vannia no sabíamos si reírnos, llorar o correr por nuestras vidas. ¿De qué cerebros hablaba? El hombre parecía estar en trance de verdad, como poseso tratando de liberarse de los demonios. Se contorsionaba, doblándose y desdoblándose en el suelo adentro de esa olorosa manta repugnante, con la cabeza metida y el grito fácil. Costaba sacarle los ojos de encima a semejante espectáculo catatónico, pero teníamos que irnos. A ver si esos eran los cerebros de los espíritus de los enfermos, todavía.

Atravesamos el galpón lo más rápido que nos daban las piernas, aunque a decir verdad yo regulaba mi velocidad para darle la mano a ella porque, no es para darme aires, pero, como te dije, yo cuando quiero soy muy veloz.

Cuanto más nos alejábamos de Kibo y nos acercábamos a la entrada, el murmullo se hacía más intenso. Al salir, vimos un tumulto de turistas amuchados alrededor de algo, escuchamos el grito que te conté antes y ahí fue que Vannia se soltó de mí y se metió en el tumulto.

—¡Vaniaaaaaaaa!

No entendía nada. ¿Por qué se había ido así, de repente? ¿Había visto algo? ¿Por qué se había separado de mí? Lo único que sabía era que había perdido a Vannia otra vez. Fui tras ella, pero la gente no me dejaba pasar. Entonces miré lo que estaban mirando todos: era el gato del faro, un gato vagabundo que andaba por la zona y al que algunos vecinos

le daban siempre de comer. Estaba tirado en el suelo, con las patas estiradas y el gesto de espanto de los otros cinco gatos. Inerte, lleno de sangre. A su lado, el número seis.

—¡Vaniaaaaaaaa!

Ni al lado ni cerca de mí, ni más lejos. La busqué por adentro y por afuera del círculo de turistas que fotografiaba al minino. La busqué un poco más lejos, a mitad de cuadra. La busqué en una esquina y la otra. Estaba desesperado.

18 | Tiempo de gracia

Lo que siguió lo viví como si me hubiera comido tres kilos de nuez moscada o masticado una salvia *divinorum*, pero al revés. Digo "al revés" porque esto que pasaba era real, pero yo lo vivía como una película. Veía todo como a través de lentes deformantes. Sentí una alarma ("ninú, ninú, ninú"), empujones, gritos, que alguien se desmayaba. O tal vez quien se desmayaba era yo. La sensación era rarísima, estaba cien por ciento desconectado de mi propio cuerpo. Yo creo que era porque en el fondo lo sabía. Sabía que esta vez Vannia sí estaba en peligro. Pedro ya había matado a seis, así que le faltaba la última vida: la de la persona que más amaba en el mundo. Pedro ya estaba listo para matarla y yo, una vez más, no estaba a su lado para cuidarla.

Pero además del miedo a que Pedro le hiciera a Vannia algo malo, temía la posibilidad de que se llevaran bien. De que Vannia pudiera hablarle y Pedro entendiera y pudiera ser un Pedro bueno de nuevo, ese Pedro amigo, amigo o algo más. Los celos son una bacteria que tiene el amor adentro y que, cuando se dispara, es peor que la salvia *divinorum* esa que te conté. Porque te ahueca la cabeza y te la llena con teorías ridículas, como por ejemplo, pensar que Vannia se escapó porque:

1. Había visto a Pedro en el tumulto y había corrido hacia él porque lo amaba tanto que estaba dispuesta a morir por amor.

2. Estaba todo planeado: Pedro le había propuesto una fuga aprovechando el gentío y ella había aceptado para darme celos a mí, por venganza hacia los emoticones de Lupe.

3. Pedro había raptado a Vannia y ahora la estaba convenciendo de dejarse matar.

4. Todo, absolutamente todo era una gran mentira para poder irse juntos a vivir a Tahití.

Admito que estaba loco. "Vannia, Vannia, Vannia", pensaba. Tenía tanta energía para buscarla que empecé a correr como un lunático. Nada me detenía. Ni los muros, ni las rejas, ni las vías del tren ni los camiones ni los autos. Yo seguía siempre hacia adelante, esquivando todo. "Vannia, Vannia, Vannia". Me subía a una ventana, a dos, a diez terrazas. Saltaba de techo en techo, trepaba los árboles y de ahí o de allá miraba. "Vannia, Vannia, Vannia", hasta que llegué al final del muelle y ya no pude avanzar, porque no tenía sentido tirarme al agua.

En el extremo del muelle todavía estaba el arbolito ese del que Vannia había arrancado una hoja. Apenas lo toqué me pinché; tenía espinas. Entonces sucedió la magia, la magia de sentir a Vannia muy cerca de mí otra vez. Porque de mi dedo brotó un hilo rojo y me acordé de la leyenda que dice que todos tenemos un hilo rojo que nos ata a otra persona. Es el destino. Pueden estar lejos o estar cerca, pero

tarde o temprano esas dos personas están destinadas a encontrarse. No importa el tiempo, el lugar o las circunstancias, porque el hilo puede estirarse o contraerse, pero nunca romperse. Jamás.

De repente se me vino a la cabeza un tema de Cat Power. Cat Power, justo. Ja. Me gusta esa chica, me parece de lo más sensual. De cara es parecida a Vannia, además por las pequitas que tiene. El pelo no. Escuchar "Fool" ponía tirante el hilo rojo que nos unía. No soy tan místico, no te creas, pero se me ocurrió hacer algo yo mismo en vez de pedirle limosna al destino. No sé, como una especie de ritual para ayudar a que nuestros hilos se enredaran, que sería como abrazarse.

Busqué la espina con la que me había pinchado y volví a pincharme a propósito, dejando el dedo puesto en la punta. Ahí no me acordé de ninguna canción, pero sí de un cuento que me contaba mi mamá cuando era chico: se llamaba "El ruiseñor y la rosa", uno de Oscar Wilde. En ese cuento, el ruiseñor decide cantar toda la noche presionando su pecho contra la espina de una rosa blanca para que su sangre, con canto, tiñera de rojo los pétalos de la flor. Qué altruista el ruiseñor, pienso ahora, porque la rosa ni siquiera era para él. Y encima se murió, pobre pajarito.

Pensaba todo eso cuando sentí que alguien, por atrás, se acercaba. Sorpresa total: era Lupe.

—¿Qué hacés acá? —quiso saber.

—Vos qué hacés.

—Yo vine buscando wi-fi, porque acá en la punta del muelle hay una señal buenísima, ¿sabías?

—No.

—¿Y vos qué hacés con el dedo ahí en la planta? ¡Tenés sangre! ¡¿Qué te pasó?!

A Lupe no le contaba mi ritual ni loco. Por lo poco que la conocía, intuía que se iba a reír y después se lo iba a contar a todo el mundo. Metí las manos en los bolsillos. Enseguida noté que tenía la planta-piedra. Ella también lo notó.

—¿Qué tenés en el bolsillo?

—Nada.

—¡Dale, nene!

—¡Nada!

—¡Dale, Doble-V, mostrame!

No iba a parar, lo sabía. Lupe no perdía nunca: cuando se empecinaba con algo, fuiste. Nena caprichosa de familia bien, hija única, coronita.

Saqué la planta-piedra que, para mi sorpresa, tenía un pimpollo blanco. Antes no había reparado en él.

—¡Ay, qué romántico! ¿Para mí? —dijo Lupe, manoteándola.

La salvé justo a tiempo y, justo a tiempo, se me ocurrió decirle esto:

—Si me ayudás a encontrar a alguien, te la regalo.

Ella, ni lenta ni dormida, supo a quién me refería y me dijo que la había visto. Le pregunté dónde, dónde, dónde.

—Andaban por la rambla, recién.

—¿Andaban?

—Sí, estaba con un pibe —y, guiñándome el ojo, agregó—: tu chica sabe elegir.

Me puse malísimamente mal, pero era tan bueno tener noticias.

—¿Qué hacían? ¿Qué hacían?

—Se besaban apasionadamente. ¡No, mentira! ¿Y qué sé yo qué hacían? Caminaban por la rambla, qué iban a hacer. Charlaban.

Le pregunté si estaba segura de que era Vannia; me dijo que sí, segurísima. Que ella se fijaba mucho en la gente y tenía memoria fotográfica. Y le creí, porque en Apocalipsis sabía los nombres de todos.

Me acordé que habíamos leído eso de que en cuanto se cometía un asesinato, el impulso asesino se adormece por un tiempo. Atando cabos, pensé dos cosas:

1. Pensé que cuando él me vio en los túneles, recién había matado al gatito, así que podía ser que Pedro no me persiguiera para matarme, sino para pedirme el libro de Lugh o para algo todavía más importante: para que le fabricara el antídoto.

2. También pensé que Vannia todavía no corría peligro. Que, con suerte, tendría un tiempo de gracia para terminar el antídoto y dárselo a Pedro antes de que ese instinto se despertara.

Pensar tanto me daba sed, y además las hipótesis no eran más que eso: hipótesis. Para la demostración (o

refutación) faltaban un par de acontecimientos, todavía, que no tardarían en llegar. Por ahora, tenía que partirme en dos: hacer el antídoto y buscar a Vannia, al mismo tiempo. Me sentía parte de un cuadro de Joaquín Torres García, así, como fragmentado. Por eso le insistí a Lupe:

—¿Me vas a ayudar o no?

—¿Y por qué te importa tanto esa piba?

—Porque está con alguien peligroso —le dije. Sabía que esa respuesta le iba a gustar.

—¿Peligroso? ¡Ya va a ver, ese muñequito, quién es la peligrosa acá en Colonia del Sacramento!

Sonreí. Había picado.

Me pidió alguna foto de ella. Le pregunté para qué, pero no quiso decirme. "Secreto profesional", me dijo, provocativa. Busqué en mi celular y encontré las selfies que nos habíamos sacado en la puerta del kiosco. Fui mostrándoselas de a una, no le causó mucha gracia.

—Con una es suficiente, Doble-V.

Le envié la primera. Cuando confirmó que la había recibido (fue al instante, era verdad que había buena señal), me robó un beso y se fue, recordando mi promesa.

—Y me regalás la flor, ¿eh?

Se fue caminando por el muelle, sabiendo que la miraba. A mitad de camino se dio vuelta y me tiró otro beso.

No tenía cura, esa chica.

19 | Se acaba el tiempo de gracia

Ahora que tenía noticias de Vannia y que Pedro parecía inofensivo, empecé a ver todo con un matiz más protónico. Desandé el muelle y caminé a paso rápido hacia la casa de Delia. El cielo me echaba la última mirada a través de su gran ojo brillante mientras se derretía en el horizonte.

Saqué la planta-piedra: a pesar de haber estado todo el tiempo adentro de mi bolsillo, el pimpollo me entregaba sus pétalos con orgullo, casi con vanidad. La vida es más fuerte que el olvido, pensé, porque todo ese tiempo me había olvidado que la tenía y ella, mientras tanto, ella había sacado su flor. La vida dura muchos días, pensé. En cambio nos morimos en un día solo.

Seguí caminando.

Una, dos, tres cuadras.

Pasé una plaza, una rotonda, un boulevard. Vi algunos museos cerrados y otros cerrándose. El viento me daba en la cara, pero yo le hacía frente y avanzaba. Pensé en Vannia, en Pedro. Qué estarían haciendo, por Dios. ¿Podrían entenderse y hablar, o Pedro...? sus ojos... las garras... Volví a temer por ella. Mi armadura era de papel, después de todo. Estaba temblando. ¿Lograría hacer el antídoto? ¿Y si no? ¿Entonces sería yo el responsable de que Vannia...? De

repente me dieron ganas de escapar, tirarme al agua y quedarme a vivir en la isla San Gabriel. Pero se ve que algo en mí me daba fuerzas, porque sin pensarlo me encontré tarareando este estribillo de La Vela:

Llega la batalla
y contra él estalla,
algún día va a escampar
¿y cómo sale de esta?
Quiere la respuesta,
sabe que no es escapar...

No, la solución no era escapar. Para nada. La única solución posible era lograr un antídoto efectivo y embuchárselo a Pedro a tiempo.

Apuré el paso. Por fin llegué a la casa y puse manos a la obra.

No me llevó tanto tiempo terminar el antídoto; lo único que quedaba era agregarle unas gotas destiladas de planta-piedra. Corté lo mínimo, para después regalársela a Lupe lo más entera posible (si todo finalmente salía bien, claro), e incorporé tres gotas a la preparación.

No podía gritar "Eureka" porque no tenía manera de saber que el antídoto realmente funcionaría, pero le tenía fe. No lo puse todo en un mismo envase, sino que lo dividí en dos partes: a la primera, la vertí en un frasco aséptico (que herví antes), y a la segunda la metí en una jeringa, por si se ponía rebelde para tomar su sopita.

"Ahora sí", pensé. Misión cumplida.

De repente me bajó todo el cansancio, estaba extenuado; mis ojos se cerraban y mi cuerpo me pedía a gritos que me tirara en el sillón. Fui a relajarme un rato y me quedé profunda e irresponsablemente dormido. Me desperté como a las siete de la mañana. Quise pensar que el instinto asesino de Pedro todavía no había hecho mella en él, ya que en definitiva todavía no habían pasado ni veinticuatro horas desde el sexto y último asesinato.

Para darme energía desayuné un café negro con tres tostadas y una banana con miel. Así, cien por ciento recargado, enfilé para la quesería. En cuanto encontrara a Pedro, la pesadilla habría terminado, y todos nos despertaríamos cantando la canción de la felicidá, la la la lá. Tenía una ansiedad mayúscula.

Cuando pasé por el puesto de diarios vi un titular: "LAS BESTIAS CIEGAS INCITAN A LA VIOLENCIA". Y la bajada: "Clausuraron la muestra *Las bestias ciegas de Chiang Mai* del Museo Municipal porque podría tener relación con gato asesinado en vía pública."

Pero al lado vi otro diario que decía: "LAS BESTIAS CIEGAS, ¡UN ÉXITO!". Y la bajada: "La muestra *Las bestias ciegas de Chiang Mai* estará cerrada hasta nuevo aviso por posibles ampliaciones a pedido del público."

Los dos coincidían en que la muestra había cerrado, pero por razones antagónicas. "Ya no se puede ni leer los diarios", decía siempre mi viejo, y esta vez tenía razón. Sonreí, y esa sonrisa duró hasta que llegué a la quesería.

Un empleado abría la puerta del local. Yo apelé a mis dotes actorales: dije "Buen día" con mucha seguridad y me mandé para el fondo, como si fuera un huésped. El tipo me miró con cara de extrañeza pero no se animó a preguntarme nada, por no ofender.

Ya en el sótano, hice el mismo recorrido de la otra vez: primero atravesé la habitación fantasmal cuyos techos lloraban sobre los plásticos. Pasé por curvas y recodos tratando de no perderme. Había llevado una linterna y con ella iluminaba las paredes irregulares, carcomidas por la humedad y el salitre. Me pareció escuchar los gemidos de los esclavos, el rechinar de sus cadènas, los desesperanzados lamentos mientras caminaban en fila hacia una vida de muerte.

Seguí así varios metros hasta que me pareció reconocer el lugar en donde antes había escuchado el maullido. Pero ahora el silencio era más agobiante que ese llanto, todavía. Un silencio asfixiante y sórdido, agudo, chirriante, como una llamada. Un silencio que me llamaba a entrar por la puerta con marco añoso. Me pedía que me internara en el último pasillo, el que me conduciría al laboratorio que había montado Pedro para matar y embalsamar a los gatos. Avancé y, con cada paso que daba, el vacío se derrumbaba a mis espaldas; me sentía cada vez más sofocado.

Vi los estantes de antes, con los mismos restos de comida. La humedad había ayudado a que proliferaran los hongos, por eso esta vez había más olor a podrido que a otra cosa.

Llegué al final del pasillo y me asomé a la sala abovedada donde antes había visto a Pedro dándole muerte a Roberto con esa inyección letal. Ahora Pedro no estaba, pero vi algo que me estremeció más todavía: las bestias de Chiang Mai desparramadas por el piso, sumadas a otras huellas de una escena violenta. Arañazos en las paredes, sillas tiradas, frascos rotos, líquidos derramados. Fui acercándome de a poco, esquivando los cuerpos rígidos de los pobres gatos torturados, tratando de no mirar sus contracciones siniestras. Mi pie izquierdo tocó a Roberto, sin querer, y me dio un escalofrío. Tenía que salir urgente de ese sepulcro, pero antes necesitaba saber qué había pasado. Me aliviaba no ver manchas de sangre. No podía deducir si había sido una pelea o un solitario ataque de Pedro... hasta que cerca de una de las patas de la mesa, vi un mechón de pelo rubio. Tirando a pelirrojo.

Lo levanté, lo apreté contra mi pecho y largué un grito desesperado. Corrí. Corrí sin saber adónde iba. Ya sin control, salté la mesa, caminé la pared, di una vuelta más en esa sala a la velocidad de la luz y me interné en el laberinto de los túneles. "¡Vannia!", gritaba, "¡Vaniaaaaaaaaa!".

Cuando menos lo esperaba, encontré otra vez la puerta de la costanera y la abrí. El sol ya estaba bastante alto.

Entonces, como ahí afuera tenía señal, mi celular recibió una catarata de mensajes que todos mis conocidos habían compartido: "Lupe está en el faro con un suicida".

Salí volando hacia allá.

20 | El sacrificio

Por lo menos en algo soy como las mujeres: puedo hacer varias cosas a la vez. Ja. Así que mientras mi cuerpo volaba hacia el faro, mi mente saltaba para cualquier lado. Me preguntaba qué hacía Lupe en el faro, si ese desconocido era Pedro, qué iba a cocinar el domingo mi mamá y por qué decían que Pedro era un suicida. Cómo era la fórmula química de la acetona y dónde estaba Vannia, por Dios. Cómo le contaría a Lili que Vannia se me había muerto.

Cuando llegué, lo primero que vi fue la ambulancia. Tenía la puerta abierta y los enfermeros prestos. Lo segundo que vi fue el camión de bomberos del Destacamento de Bomberos Voluntarios de Colonia del Sacramento. Y lo tercero, la muchedumbre. Todo Colonia se había juntado a mirar. Filmaban, sacaban fotos, gritaban consejos al aire. También vi a los bomberos ir de acá para allá con tres camas elásticas, para que siempre quedaran debajo de los chicos, por si se caían del balcón mientras peleaban.

¿Peleaban? Sí, parecía que estaban forcejeando. Uno tiraba para un lado y el otro para otro lado. Temí por Lupe, y me sentí extremadamente culpable. Es verdad que la chica era una pesada, que siempre quería ser el centro de atención, que podía ser bastante víbora con otras mujeres y

pisar la cabeza a más de uno con tal de complacerse a sí misma los caprichos, pero... ¿merecía morir por eso?

Corrí a la puerta del faro para subir a salvarla, pero un corpulento me interceptó.

—No se puede entrar, señor. Área restringida.

—¡Gambeta! —lo abracé, porque era el patovica porteño de Apocalipsis—. ¿Qué hacés acá, Campeón?

—¡Wash, loco, tanto tiempo! ¡No pintaste más por Apoca, man! Además me debés un "Jugo gástrico de enano", ¿te acordás? ¡Te hiciste el sota, boludo! ¡Jaja!

El "Jugo gástrico de enano" era uno de mis tragos estrella y era verdad que se lo había prometido.

—Tenés razón, Gambeta. Si me dejás entrar al faro, te juro que esta misma noche te lo llevo a la puerta del boliche.

Que no. Que de ninguna manera. Que el trabajo es el trabajo, y su trabajo ahora era cuidar que nadie subiera al faro por una cuestión de seguridad. "¿Seguridad de quién?", le pregunté. Me dijo que adentro había otros bomberos esperando para actuar. "¿Qué están esperando, que alguien se caiga?", le grité, casi.

Entonces escuché un silencio, de repente, y vi que muchos celulares se encendían. Escuché un rezo en la voz de Pedro:

Iború, Iboyá, Ibochiché,
que el sacrificio sea hecho,
que el sacrificio sea aceptado,
que el sacrificio sea eficaz.

Tropezando con la gente, cambié de lugar para tener más perspectiva y pude ver la escena completa.

Pedro se asoma a la baranda.

Los bomberos salen al balcón.

Lupe y los demás gritan.

El cuerpo de Pedro cae.

Sobre el asfalto.

21 | El final

Esta parte también la viví medio trastornado, como una alucinación de nuez o una película en 4D, así que te voy a contar lo que me salga.

La masa de gente se acercó al cuerpo de Pedro, pero el Destacamento de Bomberos Voluntarios improvisó enseguida una valla que la hizo retroceder.

Yo corrí hasta la primera fila y lo vi. Tengo esa imagen clavada: había caído de costado y tenía los brazos y las piernas extendidas hacia delante, paralelas, como si fuera un cuadrúpedo.

Llegó corriendo uno de los enfermeros y le tomó el pulso. Vi sangre, bomberos y mucha gente, no sé, estaban todos conmocionados.

De repente alguien chocó contra mi espalda. Me di vuelta. Era Lupe. Casi sin aire me pidió que la perdonara, que no había podido evitar que Pedro se tirase. Le pregunté qué hacía ella en el faro, cómo había encontrado a Pedro, dónde estaba Vannia.

"Compartí la foto que me diste para que me ayudaran a buscarla", me dijo ella, "Y no sé si sabías que tengo muchos seguidores, y bueno... se organizaron por barrio. Yo elegí buscarla en la Ciudad Vieja y me acompañaron Lucio,

el otro que atiende la barra (¿Javier, se llama?) ¡Ah! y mis amigas. La morochita esa linda, ¿te acordás? Ella se acuerda mucho de vos. Bueno, la cuestión es que no vi a Vannia pero sí a Pedro. Estaba en la Plaza Mayor, solo. Ya no era el modelito de antes, mi amiga se decepcionó, porque yo le había contado lo lindo que era, pero ahora tenía un aspecto rarísimo, totalmente demacrado, y lo más raro fue que cuando me acerqué ¿sabés qué hizo? ¡Nada! ¡Ni siquiera me miró! Eso sí que no es humano, no me digas. Solamente me miró cuando le pregunté por Vannia. Me pareció que tenía los ojos amarillos, pero seguro era por la luz. Me respondió que Vannia estaba a salvo en la piecita. Que estaba a salvo de él, recalcó, y que el mundo también pronto estaría a salvo porque estaba yendo al faro para tirarse y matarse. Y parecía que lo decía en serio. Nosotros tratamos de disuadirlo, pero no hubo caso, iba directo para allá. Aunque la puerta del faro estaba cerrada, Pedro entró por una ventana. Nosotros no podíamos saltar tan alto, no sé cómo hizo el tipo, Wash, pero como yo soy flaquita, ¿viste? Me alzaron entre todos y entré. Lo perseguí por las escaleras hasta el balcón y ahí estuvimos forcejeando un rato, porque se quería matar en serio. Y pasó lo que viste y perdoname, te juro que yo no quería que terminara así, hice todo lo posible, te lo juro.

La abracé y le di un beso en cada mejilla. "Sos una diosa", le dije. Creo que le gustó, porque la cara se le iluminó como si la hubieran regado.

—Entonces me debés la flor —me dijo.

—Y vos a Vannia —le respondí—. Pero no te preocupes, con el dato que me diste la voy a encontrar. Creo que sé dónde queda esa piecita.

Y me fui.

Mientras corría hacia la piecita del fondo de la casa de Delia pensaba en Pedro, en que había elegido quitarse su propia vida antes que matar a Vannia. Pobre Pedro, a pesar de que se había enamorado de ella, había sido uno de mis mejores amigos, y odié que para él todo hubiera terminado así.

Pero ahora lo importante era que Vannia estuviera bien, por lo menos.

—¡Vann! —la llamé apenas me acerqué al patio.

Se notaba que hacía tiempo que estaba encerrada, porque sollozaba resignada, pero en cuanto me escuchó, su voz volvió a tomar cuerpo.

—¡Wash!

Al costado del marco de la puerta, de un clavo, vi colgada la llave. Abrí y nos abrazamos. Vannia temblaba como una licuadora.

—¡Pedro iba a matarse, Washi! ¡Tenemos que salvarlo! —me gritó en el oído. Casi me deja sordo. Tenía que darle la noticia.

—Ya es tarde, Vann. Se tiró del faro. Está muerto.

—¡No, no puede ser! ¡No puede morir tan fácil! ¡Es un gato, Washi! ¡Los gatos pueden caerse de mucha altura sin que les pase nada! ¿No lo sabías?

—Te entiendo, cariño. Lo lamento.

No sé por qué me salió lo de "cariño". Es que todo me seguía pareciendo una película.

Pero Vannia no estaba de acuerdo con el guionista. Me arrastró hasta la heladería, sacó de un cajón las llaves de la motito repartidora y le dio arranque.

—¿Tenés el antídoto? —me gritó sobre el ruido del motor.

Le dije que sí. Nos subimos a la moto.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—Al faro.

Vannia aceleró y salimos cortando clavos.

Todavía estaban la ambulancia, el Destacamento de Bomberos Voluntarios de Colonia del Sacramento, tres autos de policía, la multitud de curiosos y Lupe con sus amigos, incluido Gambeta, el patovica porteño de Apocalipsis. Todavía estaba Pedro, también. Lo llevaban en camilla a la ambulancia.

Vannia es increíble.

¿Sabés qué hizo?

Abrió el baúl de la motito repartidora y sacó un delantal de la heladería. ¿Cómo sabía que ahí había un delantal? ¿Cuántas veces más había andado en esa moto sin que yo me hubiera enterado? Y ahora... ¿qué iba a hacer?

Se lo puso. Era una enfermera.

—Dame el frasco —me pidió.

Se lo di.

—Seguime.

La seguí.

Entramos a la parte posterior de la ambulancia segundos antes de que llegaran los bomberos y recibimos juntos la camilla.

Los bomberos, desde afuera, cerraron la puerta y golpearon el chasis para indicarle al conductor que arrancara.

Nos quedamos solos con Pedro adentro. Los tres. Pedro... ¿muerto?

Lo destapamos.

—Ayudame a incorporarlo, Washi.

La ayudé.

Vannia destapó el frasquito y le abrió la boca mientras yo lo sostenía para que no se volcara nada. Tragó. Estaba vivo.

Emocionada, Vannia se enredó con Pedro en un abrazo. Pedro la abrazó por sus propios medios; no necesitó que yo le sostuviera la espalda. Entonces me pareció que los brazos de Pedro la apretaban con más fuerza de la necesaria, porque vi que a Vannia se le endurecían las líneas de la cara. Yo estaba a las espaldas de Pedro, por eso podía ver la cara de ella pero no la de él, ni lo que hacía. De repente, a Vannia se le pusieron los ojos en blanco. La estaba matando.

Sin perder un segundo más, saqué la jeringa en la que tenía otro resto de antídoto y se la clavé por la espalda.

Pedro cae.

De nuevo.

Sobre la camilla.

22 | Acá termina la historia en realidad

Por fin anunciaron nuestro micro.

"Destino: Montevideo, 19.55, plataforma 3".

Alzamos nuestras mochilas y fuimos caminando para allá. Habían pasado diez días desde el episodio del faro, y Pedro, de a poco, se había ido recuperando. En el hospital le hicieron mil estudios; todos daban resultados dentro de los parámetros normales, como un humano cualquiera. Y mientras los médicos le hacían los análisis convencionales, nosotros le testeábamos los ojos, los dedos y lo hacíamos saltar o ver en la oscuridad. No cabía duda: había perdido todos sus poderes. El antídoto (en su dosis correcta, ja) había funcionado.

Mis padres, que no sabían demasiados detalles de la historia, nos esperaban ansiosos. Especialmente a Pedro, porque era un viejo amigo de la familia y no se veían desde España. Mi mamá había hecho ñoquis y mi papá, su famosa salsa de hongos. Delia había preparado la entrada y las mellizas, el postre. El que no había hecho nada era Escrúpulos, me dijeron, aunque no paraba de ronronear. Yo tenía ganas de verlo, sí, aunque de gatos ya había tenido bastante (estaba pensando seriamente en adoptar algún perro).

"Destino: Montevideo, 19.55, plataforma 3", repitieron por altavoz.

Vannia y yo nos sentamos en los últimos asientos de a pares. Lupe y Pedro, en los de adelante.

Se reían. Lupe tenía el pelo más planchado que siempre, creo que había ido a la peluquería. Se había puesto la flor del lithops (la planta-piedra) en el pelo. Es que Lupe era famosa, ahora. Alguien había filmado el episodio en el balcón del faro y se había viralizado. Por más que no había podido evitar que Pedro se arrojara, ella quedó como una heroína.

Abrimos las ventanillas para despedirnos de los fans de Lupe y los amigos: Rubén, Gambeta, Lucio y otros compañeros de Apocalipsis. Gambeta me hizo un gesto para recordarme que todavía le debía el jugo gástrico de enano. "El año que viene", le dije, porque no tenía pensado volver a Colonia por el momento.

El micro arrancó.

Cerramos la ventanilla. Las luces del micro se apagaron.

A través del vidrio, veíamos cómo el día dejaba su huella roja en las aristas del paisaje, despidiéndose.

Unos minutos más y todo quedó en penumbras.

Cerramos la cortina.

La miré.

Nos sonreímos.

Le di la mano.

Me dijo "ay"; le pregunté qué pasaba. Me mostró uno de sus dedos. La yema del índice de la derecha, para ser exactos. Tenía una herida, una raya roja que dibujaba una curva. Yo enseguida levanté mi propio índice y lo miré. No lo podía

creer: tenía la misma herida, con la misma forma, en el mismo lugar.

—Me lastimé con su garra —me susurró con tristeza—. En los túneles, cuando le dije que te amaba.

No soy tan místico. Te lo juro. Para nada, pero quedé impresionado.

—¿Y vos, cómo te lastimaste? —me preguntó.

—Amándote, también.

Y me incliné hacia ella, y juntamos las yemas y los dedos y las manos, todo completo, y nos dimos un beso que todavía me quema y me desborda.

No importan el tiempo, el lugar ni las circunstancias.

El hilo rojo es más que Lugh, que Pedro.

Aun más fuerte que la muerte.